

# La Metamorfosis

Franz Kafka (1883-1924)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.



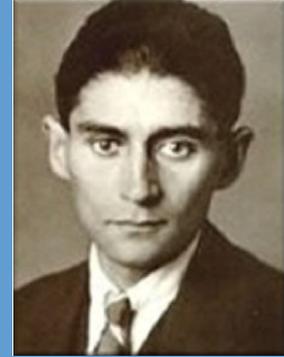
# La Metamorfosis

Franz Kafka (1883-1924)

Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto. Hallábase echado sobre el duro caparazón de su espalda, y, al alzar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, que estaba visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

« Qu  me ha sucedido? »

No soñaba, no. Su habitación, una habitación de verdad, aunque excesivamente reducida, aparecía como de ordinario entre sus cuatro harto conocidas paredes. Presidiendo la mesa, sobre la cual estaba esparcido un muestrario de paños -Samsa era viajante de comercio-, colgaba una estampa hace poco recortada de una revista ilustrada y puesta en un lindo marco dorado. Representaba esta estampa una señora tocada con un gorro de pieles, envuelta en un boa también de pieles, y que, muy erguida, esgrimía contra el espectador un



**Franz Kafka**

(Checoslovaquia: 1883-1924). En su obra, escrita en alemán, el protagonista se enfrenta a menudo a un mundo complejo, que se basa en reglas desconocidas, que nunca llega a comprender.

- **Más cuentos de Franz Kafka**
- **Relatos breves**

amplio manguito, asimismo de piel, dentro del cual desaparecía todo su antebrazo.

Gregorio dirigió luego la vista hacia la ventana; el tiempo nublado (sentíase repiquetear en el cinc del alféizar las gotas de lluvia) infundióle una gran melancolía.

«Bueno -pensó-; ¿Qué pasaría si yo siguiese durmiendo un rato y me olvidase de todas las fantasías?» Mas era esto algo de todo punto irrealizable, porque Gregorio tenía la costumbre de dormir sobre el lado derecho, y su actual estado no le permitía adoptar esta postura. Aunque se empeñaba en permanecer sobre el lado derecho, forzosamente volvía a caer de espaldas. Mil veces intentó en vano esta operación; cerró los ojos para no tener que ver aquel rebullido de las piernas, que no cesó hasta que un dolor leve y punzante al mismo tiempo, un dolor jamás sentido hasta aquel momento, comenzó a aquejarse en el costado.

«¡Ay Dios! -díjose entonces-. ¡Qué cansada es la profesión que he elegido! Un día sí y otro también de viaje. La preocupación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en el mismo almacén, y no hablemos de esta plaga de los viajes: cuidarse de los enlaces de los trenes; la comida mala, irregular; relaciones que cambian de continuo, que no duran nunca, que no llegan nunca a ser verdaderamente cordiales, y en que el corazón nunca puede tener parte. ¡Al diablo con todo!»

Sintió en el vientre una ligera picazón. Lentamente, se estiró sobre la espalda, alargándose en dirección a la cabecera a fin de poder alzar mejor la cabeza. Vio que el sitio que le escocía estaba cubierto por unos puntitos blancos, que no supo explicarse. Quiso aliviarse tocando el lugar del escozor con una pierna; pero hubo de retirar ésta inmediatamente, pues el roce le producía escalofríos.

Deslizóse hasta recobrar su primitiva postura.

«Estos madrugones -díjose- le entontecen a uno por completo. El hombre necesita dormir lo justo. Hay viajeros que se dan una vida de odaliscas. Cuando a media mañana regreso a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro muy sentados, tomándose el desayuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiese hacer lo mismo, me vería en el acto de patitas en la calle. Y ¿quién sabe si esto no sería para mí lo más conveniente? Si no fuese por mis padres, ya hace tiempo que me habría despedido. Me hubiera presentado ante el jefe y, con toda mi alma, le habría manifestado mi modo de pensar. ¡Se cae del pupitre! Que también tiene lo suyo eso de sentarse encima del pupitre para, desde aquella altura, hablar a los empleados,

que, como él es sordo, han de acercársele mucho. Pero lo que es la esperanza, todavía no la he perdido del todo. En cuanto tenga reunida la cantidad necesaria para pagarle la deuda de mis padres -unos cinco o seis años todavía-, ¡vaya si lo hago! Y entonces, sí que me redondeo. Bueno; pero, por ahora, lo que tengo que hacer es levantarme, que el tren sale a las cinco.»

Volvió los ojos hacia el despertador, que hacía su tictac encima del baúl.

«¡Santo Dios!», exclamó para sus adentros.

Eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente. Es decir, ya era más. Las manecillas estaban casi en menos cuarto. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama podía verse que estaba puesto efectivamente en las cuatro; por lo tanto, tenía que haber sonado. Mas, ¿era posible seguir durmiendo impertérrito a pesar de aquel sonido que conmovía hasta a los mismos muebles? Su sueño no había sido tranquilo. Pero, por lo mismo, probablemente tanto más profundo. Y ¿qué se hacía él ahora? El tren siguiente salía a las siete; para alcanzarlo, era preciso darse una prisa loca. El muestrario no estaba aún empaquetado, y por último él mismo no se sentía nada dispuesto. Además, aunque alcanzara el tren, no por ello evitaría la filípica del amo, pues el mozo del almacén, que habría bajado al tren de las cinco, debía de haber dado ya cuenta de su falta. Era tal mozo una hechura del amo, sin dignidad ni consideración. Y si dijese que estaba enfermo, ¿qué pasaría? Pero esto, además de ser muy penoso, infundiría sospechas, pues Gregorio, en los cinco años que llevaba empleado, no había estado malo ni una sola vez. Vendría de seguro el principal con el médico del Montepío. Se desataría en reproches, delante de los padres, respecto a la holgazanería del hijo y cortarían todas las objeciones alegando el dictamen del galeno, para quien todos los hombres están siempre sanos y sólo padecen de horror al trabajo. Y la verdad es que, en este caso, su opinión no habría carecido completamente de fundamento. Salvo cierta somnolencia, desde luego superflua después de tan prolongado sueño, Gregorio sentíase admirablemente, con un hambre particularmente fuerte.

Mientras pensaba y meditaba atropelladamente, sin poderse decidir a abandonar el lecho, y justo en el momento en que el despertador daba las siete menos cuarto, llamaron quedo a la puerta que estaba junto a la cabecera de la cama.

-Gregorio -dijo una voz, la de la madre-, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a marcharte de viaje?

¡Qué voz más dulce! Gregorio se horrorizó al oír en cambio la suya propia, que era la de siempre, sí, pero que salía mezclada con un doloroso e irreprimible pitido, en el cual las palabras, al principio claras, confundíanse luego, resonando de modo que no estaba uno seguro de haberlas oído. Gregorio hubiera querido contestar dilatadamente, explicarlo todo; pero, en vista de ello, limitóse a decir:

-Sí, sí. Gracias, madre. Ya me levanto.

A través de la puerta de madera, la mutación de la voz de Gregorio no debió de notarse, pues la madre se tranquilizó con esta respuesta y se retiró. Pero este corto diálogo hizo saber a los demás miembros de la familia que Gregorio, contrariamente a lo que se creía, estaba todavía en casa. Llegó el padre a su vez y, golpeando ligeramente la puerta, llamó:

-Gregorio, ¡Gregorio! ¿Qué pasa?

Esperó un momento y volvió a insistir, alzando algo la voz:

-Gregorio, ¡Gregorio! -Mientras tanto, detrás de la otra hoja, la hermana lamentábase dulcemente:

-Gregorio, ¿no estás bien? ¿Necesitas algo?

-Ya estoy listo -respondió Gregorio a ambos a un tiempo, aplicándose a pronunciar, y hablando con gran lentitud, para disimular el sonido inaudito de su voz.

Tornó el padre a su desayuno, pero la hermana siguió musitando:

-Abre, Gregorio, te lo suplico.

En lo cual no pensaba Gregorio, ni mucho menos, felicitándose, por el contrario, de aquella

precaución suya -hábito contraído en los viajes- de encerrarse en su cuarto por la noche, aun en su propia casa.

Lo primero era levantarse tranquilamente, arreglarse sin ser importunado y, sobre todo, desayunar. Sólo después de efectuado todo esto pensaría en lo demás, pues de sobra comprendía que en la cama no podía pensar nada a derechas. Recordaba haber sentido ya con frecuencia en la cama cierto dolorcillo, producido sin duda por alguna postura incómoda, y que, una vez levantado, resultaba ser obra de su imaginación: y tenía curiosidad por ver cómo habrían de desvanecerse paulatinamente sus imaginaciones de hoy. No dudaba tampoco lo más mínimo de que el cambio de su voz era simplemente el preludio de un resfriado mayúsculo, enfermedad profesional del viajante de comercio.

Arrojar la colcha lejos de sí era cosa harto sencilla. Bastaría para ello con abombarse un poco: la colcha caería por sí sola. Pero la dificultad estaba en la extraordinaria anchura de Gregorio. Para incorporarse, podía haberse ayudado de los brazos y las manos; mas, en su lugar, tenía ahora innumerables patas en constante agitación y le era imposible hacerse dueño de ellas. Y el caso es que él quería incorporarse. Se estiraba; lograba por fin dominar una de sus patas; pero, mientras tanto, las demás proseguían su libre y dolorosa agitación: No conviene hacer el zángano en la cama, pensó Gregorio.

Primero intentó sacar del lecho la parte inferior del cuerpo. Pero esta parte inferior -que por cierto no había visto todavía, y que, por lo tanto, le era imposible representarse en su exacta conformación- resultó ser demasiado difícil de mover. La operación se inició muy despacio. Gregorio, frenético ya, concentró toda su energía y, sin pararse en barras, se arrastró hacia adelante. Mas calculó mal la dirección, se dio un golpe tremendo contra los pies de la cama, y el dolor que esto le produjo demostró, con su agudeza, que aquella parte inferior de su cuerpo era quizás, precisamente, en su nuevo estado, la más sensible. Intentó, pues, sacar primero la parte superior, y volvió cuidadosamente la cabeza hacia el borde del lecho. Esto no ofreció ninguna dificultad, y, no obstante su anchura y su peso, el cuerpo todo siguió, por fin, aunque lentamente, el movimiento iniciado por la cabeza. Mas, al verse con ésta colgando en el aire, le entró miedo de continuar. avanzando en igual forma, porque dejándose caer así, era preciso un verdadero milagro para sacar intacta la cabeza; y, ahora menos que nunca, quería Gregorio perder el sentido. Antes prefería quedarse en la cama.

Mas cuando, después de realizar a la inversa los mismos esfuerzos, subrayándolos con hondísimos suspiros, hallóse de nuevo en la misma posición y tornó a ver sus patas presas de una excitación mayor que antes, si era posible, comprendió que no disponía de medio alguno para remediar tamaño absurdo, y volvió a pensar que no debía seguir en la cama y

que lo más cuerdo era arriesgarlo todo, aunque sólo le quedase una ínfima esperanza. Pero al punto recordó que, hartó mejor que tomar decisiones extremas, era meditar serenamente. Sus ojos se clavaron con fuerza en las ventanas; mas, por desgracia, la vista de la niebla que aquella mañana ocultaba por completo el lado opuesto de la calle, pocas esperanzas y escasos ánimos había de infundirle. «Las siete ya -díjose al oír de nuevo el despertador-. ¡Las siete ya, y todavía sigue la niebla!» Durante unos momentos permaneció echado, inmóvil y respirando quedo, cual si esperase volver en el silencio a su estado normal.

Pero, a poco, pensó: «Antes de que den las siete y cuarto es indispensable que me haya levantado. Sin contar que, entretanto, vendrá seguramente alguien del almacén a preguntar por mí pues allí abren antes de las siete». Y se dispuso a salir de la cama, balanceándose cuan largo era. Dejándose caer en esta forma, la cabeza, que tenía el firme propósito de mantener enérgicamente erguida, saldría probablemente sin daño alguno. La espalda parecía tener resistencia bastante: nada le pasaría al dar con ella en la alfombra. únicamente hacía vacilar el temor al estruendo que esto habría de producir, y que sin duda daría origen, detrás de cada puerta, cuando no a un susto, por lo menos, a una inquietud. Mas no quedaba otro remedio que afrontar esta perspectiva.

Ya estaba Gregorio a medias fuera de la cama (el nuevo método antes parecía un juego que un trabajo, pues sólo implicaba el balancearse siempre hacia atrás), cuando cayó en la cuenta de que todo sería muy sencillo si alguien viniese en su ayuda. Con dos personas robustas (y pensaba en su padre y en la criada) bastaría. Sólo tendrían que pasar los brazos por debajo de su abombada espalda, desenfundarle del lecho y, agachándose luego con la carga, permitirle solícitamente estirarse por completo en el suelo, en donde era de presumir que las patas demostrarían su razón de ser. Ahora bien, y prescindiendo de que las puertas estaban cerradas, ¿convenía realmente pedir ayuda? Pese a lo apurado de su situación, no pudo por lo menos de sonreírse.

Había adelantado ya tanto, que un solo balanceo, más pronunciado que los anteriores, bastaría para hacerle perder casi por completo el equilibrio. Además, muy pronto no le quedaría otro remedio que tomar una determinación, pues sólo faltaban ya cinco minutos para las siete y cuarto. En esto, llamaron a la puerta del piso. «De seguro es alguien del almacén», pensó Gregorio, quedando de pronto suspenso, mientras sus patas seguían danzando cada vez más rápidamente. Un punto, permaneció todo en silencio. «No abren», pensó entonces, asiéndose a tan descabellada esperanza. Pero, como no podía por menos de suceder, sintiéronse aproximarse a la puerta las fuertes pisadas de la criada. Y la puerta se abrió. Bastóle a Gregorio oír la primera palabra pronunciada por el visitante, para percatarse de quién era. Era el principal en persona. ¿Por qué estaría Gregorio condenado a

trabajar en una casa en la cual la más mínima ausencia despertaba inmediatamente las más trágicas sospechas? ¿Es que los empleados, todos en general y cada uno en particular, no eran sino unos pillos? ¿Es que no podía haber entre ellos algún hombre de bien que, después de perder aunque sólo fuese un par de horas de la mañana, se volviese loco de remordimiento y no se hallase en condiciones de abandonar la cama? ¿Es que no bastaba acaso con mandar a preguntar por un chico, suponiendo que tuviese fundamento esta manía de averiguar, sino que era preciso que viniese el mismísimo principal a enterar a toda una inocente familia de que sólo él tenía calidad para intervenir en la investigación de tan tenebroso asunto? Y Gregorio, más bien sobreexcitado por estos pensamientos que ya decidido a ello, arrojóse enérgicamente del lecho. Se oyó un golpe sordo, pero que no podría propiamente calificarse de estruendo. La alfombra amortiguó la caída: la espalda tenía también mayor elasticidad de lo que Gregorio había supuesto, -y esto evitó que el ruido fuese tan alfombra.

-Algo ha ocurrido ahí dentro -dijo el principal en la habitación de la izquierda. Gregorio intentó imaginar que al principal pudiera sucederle algún día lo mismo que hoy a él, posibilidad ciertamente muy admisible. Pero el principal, como contestando brutalmente a esta suposición, dio con energía unos cuantos pasos por el cuarto vecino, haciendo crujir sus botas de charol. Desde la habitación contigua de la derecha, susurró la hermana esta noticia:

-Gregorio, que ahí está el principal.

-Ya lo sé -contestó Gregorio para sus adentros. Pero no osó levantar la voz hasta el punto de hacerse oír de su hermana.

-Gregorio -dijo por fin el padre desde la habitación contigua de la izquierda-, Gregorio, ha venido el señor principal y pregunta por qué no te marchaste en el primer tren. No sabemos lo que debemos contestarle. Además, desea hablar personalmente contigo. Conque haz el favor de abrir la puerta. El señor principal tendrá la bondad de disculpar el desorden del cuarto.

-¡Buenos días, señor Samsa! -terció entonces amablemente el principal.

-No se encuentra bien -dijo la madre a este último mientras el padre continuaba hablando junto a la puerta-. No está bueno, créame usted, señor principal. ¿Cómo, si no, iba Gregorio a perder el tren? Si el chico no tiene otra cosa en la cabeza más que el almacén. ¡Si casi me molesta que no salga ninguna noche! Ahora, por ejemplo, ha estado aquí ocho días; pues bien, ¡ni una sola noche ha salido de casa! Se sienta con nosotros, haciendo corro alrededor de la mesa, lee el periódico sin decir palabra o estudia itinerarios. Su única distracción consiste en trabajos de carpintería. En dos o tres veladas, ha tallado un

marquito. Cuando lo vea usted, se va a asombrar: es precioso. Ahí está colgado, en su cuarto; ya lo verá usted en seguida, en cuanto abra Gregorio. Por otra parte, celebro verle a usted, señor principal, pues nosotros solos nunca hubiéramos podido decidir a Gregorio a abrir la puerta. ¡Es más tozudo! Seguramente no se encuentra bien, aunque antes dijo lo contrario.

-Voy en seguida -exclamó lentamente Gregorio circunspecto y sin moverse para no perder palabra de la conversación.

-De otro modo, no sabría explicármelo, señora -repuso el principal-. Es de esperar que no será nada serio. Aunque, por otra parte, no tengo más remedio que decir que nosotros, los comerciantes, desgraciada o afortunadamente, como se quiera, tenemos a la fuerza que saber sufrir a menudo ligeras indisposiciones, anteponiendo a todo los negocios.

-Bueno -preguntó el padre, impacientándose y tornando a llamar a la puerta-: ¿puede entrar ya el señor principal?

-No -respondió Gregorio. En la habitación contigua de la izquierda reinó un silencio lleno de tristeza, y en la habitación contigua de la derecha, comenzó a sollozar la hermana.

Pero ¿por qué no iba ésta a reunirse con los demás? Cierto es que acababa de levantarse y que ni siquiera había empezado a vestirse. Pero ¿por qué lloraba? Acaso porque el hermano no se levantaba, porque no hacía pasar al principal, porque corría el peligro de perder su colocación, con lo cual el amo volvería a atormentar a los padres con las deudas de antaño. Pero éstas, por el momento, eran preocupaciones completamente gratuitas. Gregorio estaba todavía allí, y no pensaba ni remotamente en abandonar a los suyos. Por el momento, yacía en la alfombra, y nadie que conociera el estado en que se encontraba hubiera pensado que podía hacer entrar en su cuarto al principal. Mas esta pequeña descortesía, que más adelante sabría de seguro explicar satisfactoriamente, no era motivo suficiente para despedirle sin demora. Y Gregorio pensó que, por de pronto, hartó mejor que molestarle con llantos y discursos era dejarle en paz. Pero la incertidumbre en que se hallaban respecto a él era precisamente lo que aguijoneaba a los otros disculpando su actitud.

-Señor Samsa -dijo, por fin, el principal con voz campanuda-, ¿qué significa esto? Se ha atrincherado usted en su habitación. No contesta más que sí o no. Inquieta usted grave e inútilmente a su padre y, sea dicho de paso, falta a su obligación en el almacén de una manera verdaderamente inaudita. Le hablo a usted aquí en nombre de sus padres y de su jefe, y le ruego muy en serio que se explique al punto y claramente. Estoy asombrado; yo le tenía a usted por un hombre formal y juicioso, y no parece sino que ahora, de repente, quiere usted hacer gala de incomprensibles extravagancias. Cierto que el jefe me insinuó esta mañana una posible explicación de su falta: referíase al cobro que se le encomendó a

usted hiciese anoche efectivo; mas yo casi empeñé mi palabra de honor de que esta explicación no venía al caso. Pero ahora, ante esta incomprensible testarudez, no me quedan ya ganas de seguir interesándome por usted. Su posición de usted no es, ni con mucho, muy segura. Mi intención era decirle a usted todo esto a solas; pero, como usted tiene a bien hacerme perder inútilmente el tiempo, no veo ya por qué no habrían de enterarse también sus señores padres. En estos últimos tiempos, su trabajo ha dejado bastante que desear. Ciertamente que no es ésta la época más propicia para los negocios; nosotros mismos lo reconocemos. Pero, señor Samsa, no hay época, no debe haberla, en que los negocios estén completamente parados.

-Señor principal -gritó Gregorio fuera de sí, olvidándose en su excitación de todo lo demás-. Voy inmediatamente, voy al momento. Una ligera indisposición, un desvanecimiento, me impidió levantarme. Estoy todavía acostado. Pero ya me siento completamente despejado. Ahora mismo me levanto. ¡Un momento de paciencia! Aún no me encuentro tan bien como creía. Pero ya estoy mejor. ¡No se comprende cómo le pueden suceder a uno estas cosas! Ayer tarde estaba yo tan bueno. Sí, mis padres lo saben. Mejor dicho, ya ayer tarde tuve una especie de presentimiento. ¿Cómo no me lo habrán notado? Y ¿por qué no lo diría yo en el almacén? Pero siempre cree uno que podrá pasar la enfermedad sin necesidad de estarse en casa. ¡Señor principal, tenga consideración con mis padres! No hay motivo para todos los reproches que me hace usted ahora; nunca me han dicho nada de eso. Sin duda, no ha visto usted los últimos pedidos que he transmitido. Por lo demás, saldré en el tren de las ocho. Este par de horas de descanso me ha dado fuerzas. No se detenga usted más, señor principal. En seguida voy al almacén. Explique usted allí esto, se lo suplico; así como que presente mis respetos al jefe.

Y mientras espetaba atropelladamente este discurso, sin casi saber lo que decía, Gregorio, gracias a la soltura ya adquirida en la cama, se aproximó fácilmente al baúl e intentó enderezarse apoyándose en él. Quería efectivamente abrir la puerta, dejarse ver del principal, hablar con él. Sentía curiosidad por saber lo que dirían cuando le viesen los que tan insistentemente le llamaban. Si se asustaban, Gregorio encontrábase desligado de toda responsabilidad y no tenía por qué temer. Si, por el contrario, se quedaban tan tranquilos tampoco él tenía por qué excitarse, y podía, dándose prisa, estar realmente a las ocho en la estación. Varias veces se escurrió contra las lisas paredes del baúl; pero, al fin, un último brinco le puso en pie. De los dolores de vientre, aunque muy vivos, no se cuidaba. Dejóse caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes agarróse fuertemente con sus patas. Logró a la vez recobrar el dominio de sí mismo, y calló para escuchar lo que decía el principal.

-¿Han entendido ustedes una sola palabra? -preguntaba éste a los padres-. ¿No será que se hace el loco?

-¡Por amor de Dios! -exclamó la madre, llorando-. Tal vez se sienta muy mal y nosotros le estamos mortificando. -Y seguidamente llamó: - ¡Grete! ¡Grete!

-¿Qué, madre? -contestó la hermana desde el otro lado de la habitación de Gregorio, a través de la cual hablaban.

-Tienes que ir en seguida a buscar al médico; Gregorio está malo. Ve corriendo. ¿Has oído cómo hablaba ahora Gregorio?

-Es una voz de animal -dijo el principal que hablaba en voz extraordinariamente baja, comparada con la gritería de la madre.

-¡Ana! ¡Ana! -llamó el padre, volviéndose hacia la cocina a través del recibimiento y dando palmadas-. Vaya inmediatamente a buscar un cerrajero.

Ya se sentía por el recibimiento el rumor de las faldas de las dos muchachas que salían corriendo (¿cómo se habría vestido tan de prisa la hermana?), y ya se oía abrir bruscamente la puerta del piso. Pero no se percibió ningún portazo. Debieron de dejar la puerta abierta, como suele suceder en las casas en donde ha ocurrido una desgracia.

Gregorio, empero, hallábase ya mucho más tranquilo. Cierto es que sus palabras resultaban ininteligibles, aunque a él le parecían muy claras, más claras que antes, sin duda porque ya se le iba acostumbrando el oído. Pero lo esencial era que ya se habían percatado los demás de que algo insólito le sucedía y se disponían a acudir en su ayuda. La decisión y firmeza con que fueron tomadas las primeras disposiciones le aliviaron. Sintióse nuevamente incluido entre los seres humanos, y esperó de los dos, del médico y del cerrajero, indistintamente, acciones extrañas y maravillosas. Y a fin de poder intervenir lo más claramente posible en las conversaciones decisivas que se avecinaban, carraspeó ligeramente, forzándose a hacerlo muy levemente, por temor a que también este ruido sonase a algo que no fuese una tos humana, cosa que ya no tenía seguridad de poder distinguir. Mientras tanto, en la habitación contigua, reinaba un profundo silencio. Tal vez los padres, sentados junto a la mesa con el principal, cuchicheaban con éste. Tal vez estaban todos pegados a la puerta escuchando.

Gregorio se deslizó lentamente con el sillón hacia la puerta; al llegar allí, abandonó el asiento, arrojóse contra éste y se sostuvo en pie, agarrado, pegado a ella por la viscosidad de sus patas. Descansó así un rato del esfuerzo realizado. Luego intentó con la boca hacer girar la llave dentro de la cerradura. Por desgracia no parecía tener lo que propiamente llamamos dientes. ¿Con qué iba entonces a coger la llave? Pero, en cambio, sus mandíbulas eran muy fuertes, y, sirviéndose de ellas, pudo poner la llave en movimiento, sin reparar en el daño que seguramente se hacía pues un líquido oscuro le salió de la boca, resbalando por la llave y goteando hasta el suelo.

-Escuchen ustedes -dijo el principal, en el cuarto inmediato-; está dando vuelta a la llave.

Estas palabras alentaron mucho a Gregorio. Pero todos, el padre, la madre, debían haberle gritado: «¡Adelante, Gregorio!». Sí, debían haberle gritado: «¡Siempre adelante! ¡Duro con la cerraduras. E, imaginando la ansiedad con que todos seguirían sus esfuerzos, mordió con toda su alma en la llave, medio desfallecido. Y, a medida que ésta giraba en la cerradura, él sosteníase, meciéndose en el aire, colgado por la boca y, conforme era necesario, agarrábase a la llave o la empujaba hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. El sonido metálico de la cerradura, cediendo por fin, le volvió completamente en sí. «Bueno - se dijo con un suspiro de alivio-; pues no ha sido preciso que venga el cerrajero» y dio con la cabeza en el pestillo para acabar de abrir.

Este modo de abrir la puerta fue causa de que, aunque franca ya la entrada, todavía no se le viese. Hubo primero de girar lentamente contra una de las hojas de la puerta, con gran cuidado para no caerse bruscamente de espaldas en el umbral. Y aún estaba ocupado en llevar a cabo tan difícil movimiento, sin tiempo para pensar en otra cosa, cuando sintió un «¡oh!» del principal que sonó como suena el mugido del viento, y vio a este señor, el más inmediato a la puerta, taparse la boca con la mano y retroceder lentamente, como impulsado mecánicamente por una fuerza invisible.

La madre -que, a pesar de la presencia del principal estaba allí despeinada, con el pelo enredado en lo alto del cráneo- miró primero a Gregorio, juntando las manos, avanzó luego dos pasos hacia él y se desplomó por fin, en medio de sus faldas esparcidas en torno suyo, con el rostro oculto en las profundidades del pecho. El padre amenazó con el puño, con expresión hostil, cual si quisiera empujar a Gregorio hacia el interior de la habitación; volvióse luego, saliendo con paso inseguro al recibimiento, y, cubriéndose los ojos con las manos, rompió a llorar de tal modo, que el llanto sacudía su robusto pecho.

Gregorio, pues, no llegó a penetrar en la habitación; desde el interior de la suya, permaneció apoyado en la hoja cerrada de la puerta, de modo que sólo presentaba la mitad superior del cuerpo, con la cabeza inclinada de medio lado, espiando a los circunstantes. En esto, había ido clareando, y en la acera opuesta se recortaba nítido un trozo del edificio negruzco de enfrente. Era un hospital, cuya monótona fachada rompían simétricas ventanas. La lluvia no había cesado pero caía ya en goterones aislados, que se veían llegar distintamente al suelo. Sobre la mesa estaban los utensilios del servicio del desayuno, pues para el padre era ésta la comida principal del día, que gustaba de prolongar con la lectura de varios periódicos. En el lienzo de pared que daba justo frente a Gregorio, colgaba un retrato de éste, hecho durante su servicio militar, y que le representaba con uniforme de teniente, la mano puesta en la espada, sonriendo despreocupadamente, con un aire que parecía exigir respeto para su indumento y su actitud. Esa habitación daba al -recibimiento; por la puerta abierta veáse la del piso, abierta también, el rellano de la escalera y el arranque de esta última, que conducía a los pisos inferiores.

-Bueno -dijo Gregorio muy convencido de ser el único que había conservado su serenidad-. Bueno, me visto al momento, recojo el muestrario y salgo de viaje. ¿Me permitiréis que salga de viaje, verdad? Ea, señor principal, ya ve usted que no soy testarudo y que trabajo con gusto. El viajar es cansador; pero yo no sabría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor principal? ¿Al almacén? ¿Sí? ¿Lo contará todo tal como ha sucedido? Puede uno tener un momento de incapacidad para el trabajo; pero entonces es precisamente cuando deben acordarse los jefes de lo útil que uno ha sido y pensar que, una vez pasado el impedimento, volverá a ser tanto más activo y trabajará con mayor celo. Yo, como usted sabe muy bien, le estoy muy obligado al jefe. Por otra parte, también tengo que atender a mis padres y a mi hermana. Cierto que hoy me encuentro en un grave aprieto. Pero trabajando sabré salir de él. Usted no me haga la cosa más difícil de lo que ya es. Póngase de mi parte. Ya sé yo que al viajante no se le quiere. Todos creen que gana el dinero a espuestas, y además que se da la gran vida. Cierto es que no hay ninguna razón especial para que este prejuicio desaparezca. Pero usted, señor principal, usted está más enterado de lo que son las cosas que el resto del personal, incluso, y dicho sea en confianza, que el propio jefe, el cual, en su calidad de amo, se equivoca con frecuencia respecto de un empleado. Usted sabe muy bien que el viajante, como está fuera del almacén la mayor parte del año, es fácil pasto de habladurías y víctima propicia de coincidencias y quejas infundadas, contra las cuales no le es cómodo defenderse, ya que la mayoría de las veces no llega a su conocimiento, y que únicamente al regresar reventado de un viaje es cuando empieza a notar directamente las funestas consecuencias de una causa invisible. Señor principal, no se vaya usted sin decirme algo que me pruebe que me da usted la razón, por lo menos en parte.

Pero, desde las primeras palabras de Gregorio, el principal había dado media vuelta, y contemplaba a aquél por encima del hombro, convulsivamente agitado con una mueca de asco en los labios. Mientras Gregorio hablaba, no permaneció un momento tranquilo. Retiróse hacia la puerta sin quitarle ojo de encima, pero muy lentamente, como si una fuerza misteriosa le impidiese abandonar aquella habitación. Llegó, por fin, al recibimiento, y, ante la prontitud con que alzó por última vez el pie del suelo, dijérase que había pisado lumbre. Alargó el brazo derecho en dirección a la escalera, como si esperase encontrar allí milagrosamente la libertad.

Gregorio comprendió que no debía, de ningún modo, dejar marchar al principal en ese estado de ánimo, pues si no su puesto en el almacén estaba seriamente amenazado. No lo comprendían los padres tan bien como él, porque en el transcurso de los años, habían llegado a hacerse la ilusión de que la posición de Gregorio en aquella casa sólo con su vida podía acabar; además, con la inquietud del momento, y sus consiguientes quehaceres, habíanse olvidado de toda prudencia. Pero no así Gregorio, que se percataba de que era indispensable retener al principal, apaciguarle, convencerle, conquistarle. De ello dependía el porvenir de Gregorio y de los suyos. ¡Si siquiera estuviese ahí la hermana! Era muy lista; había llorado cuando aún yacía Gregorio tranquilamente sobre la espalda. De seguro que el

principal, galante con el bello sexo, se hubiera dejado llevar por ella a donde ella hubiera querido. Habría cerrado la puerta del piso y le habría quitado el susto en el mismo recibimiento. Pero no estaba la hermana, y Gregorio tenía que arreglárselas él solo. Y sin pensar que todavía no conocía sus nuevas facultades de movimiento, ni tampoco que lo más posible, y hasta lo más seguro, era que no habría logrado darse a comprender con su discurso, abandonó la hoja de la puerta en que se apoyaba, deslizóse por el hueco formado en la abertura de la otra, con intención de avanzar hacia el principal, que seguía cómicamente agarrado a la barandilla del rellano. Mas inmediatamente cayó en tierra, intentando, con inútiles esfuerzos, sostenerse sobre sus innumerables y diminutas patas, y exhalando un ligero quejido. Al punto sintióse, por primera vez en aquel día, invadido por un verdadero bienestar: las patitas, apoyadas en el suelo, obedecíanle perfectamente. Lo notó con natural alegría, y vio que se esforzaban en llevarle allí donde él deseaba ir, dándole la sensación de haber llegado al cabo de sus sufrimientos.. Mas, en el preciso momento en que Gregorio, a causa del movimiento contenido, se balanceaba a ras de tierra, no lejos y enfrente de su madre, ésta, no obstante hallarse tan sumida en sí, dio de pronto un brinco y se puso a gritar, extendiendo los brazos y separando los dedos:

-¡Socorro! ¡Por amor de Dios! ¡Socorro!

Inclinaba la cabeza como para ver mejor a Gregorio; pero de pronto, como para desmentir este supuesto, desplomóse hacia atrás, cayendo -inerte sobre la mesa, y no habiendo recordado que estaba aún puesta, quedó sentada en ella sin darse cuenta de que a su lado el café chorreaba de la cafetera volcada, derramándose por la alfombra.

-¡Madre! ¡Madre! -murmuró Gregorio mirándola de abajo arriba. Un momento esfumóse de su memoria el principal; y no pudo por menos, ante el café vertido, de abrir y cerrar repetidas veces las mandíbulas en el vacío. Nuevo alarido de la madre que, huyendo de la mesa, se arrojó en brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero ya no podía Gregorio dedicar su atención a sus padres; el principal estaba en la escalera y, con la barbilla apoyada sobre la baranda, dirigía una última mirada a aquel cuadro. Gregorio tomó impulso para darle alcance, pero él algo debió figurarse, pues, de un salto, bajó varios escalones y desapareció, no sin antes lanzar unos gritos que resonaron por toda la escalera. Para colmo de desdicha, esta fuga del principal pareció trastornar también por completo al padre, que hasta entonces se había mantenido relativamente sereno; pues, en lugar de precipitarse tras el fugitivo, o por lo menos permitir que así lo hiciese Gregorio, empuñó con la diestra el bastón del principal -que éste no se había cuidado de recoger, como tampoco su sombrero y su gabán, olvidados en una silla- y, armándose con la otra mano de un gran periódico, que estaba sobre la mesa, preparóse, dando fuertes patadas en el suelo, esgrimiendo papel y bastón, a hacer retroceder a Gregorio hasta el interior de su cuarto. De nada le sirvieron a este último sus Súplicas, que no fueron entendidas; y, por mucho que volvió sumiso la cabeza hacia su padre, sólo consiguió hacerle redoblar su enérgico pataleo. La madre, por su parte, a pesar del tiempo desapacible, había bajado el cristal de una de las ventanas y

violentamente inclinada hacia afuera, cubriéndose el rostro con las manos. Entre el aire de la calle y el de la escalera establecióse una corriente fortísima; las cortinas de la ventana se ahuecaron; sobre la mesa los periódicos agitáronse, y algunas hojas sueltas volaron por el suelo. El padre, inexorable, apremiaba la retirada con silbidos salvajes. Pero Gregorio carecía aún de práctica en la marcha hacia atrás, y la cosa iba muy despacio. ¡Si siquiera hubiera podido volverse, en un dos por tres se hubiese encontrado en su cuarto! Pero temía, con su lentitud en dar la vuelta, impacientarse al padre cuyo bastón erguido amenazaba deslomarse o abrirle la cabeza. Finalmente, sin embargo, no tuvo más remedio que volverse, pues advirtió con rabia que, caminando hacia atrás, le era imposible conservar su dirección. Así es que, sin dejar de mirar angustiosamente hacia su padre, inició una vuelta lo más rápidamente que pudo, es decir, con extraordinaria lentitud. El padre debió de percatarse de su buena voluntad, pues 'dejó de acosarle, dirigiendo incluso de lejos con la punta del bastón el movimiento giratorio. ¡Si al menos hubiese cesado ese irresistible silbido! Esto era lo que a Gregorio le hacía perder por completo la cabeza. Cuando ya iba a terminar la vuelta, aquel silbido le equivocó, haciéndole retroceder otro poco. Por fin logró verse frente a la puerta. Pero entonces comprendió que su cuerpo era demasiado ancho para poder franquearla sin más ni más. Al padre, en aquella su actual disposición de ánimo, no se le ocurrió naturalmente abrir la otra hoja para dejar espacio suficiente. Sólo una idea le embargaba: la de que Gregorio había de meterse cuanto antes en su habitación. Tampoco hubiera él permitido nunca los enojosos preparativos que Gregorio necesitaba para incorporarse y, de este modo, pasar por la puerta. Como si no existiese para esto ningún impedimento, empujaba, pues, a Gregorio con estrépito creciente. Gregorio sentía tras de sí una voz que parecía imposible fuese la de su padre. ¡Cualquiera se andaba con bromas! Gregorio -pasase lo que pasase- se apretujó en el marco de la puerta. Se irguió de medio lado; ahora yacía atravesado en el umbral con su costado completamente deshecho. En la nitidez de la puerta, imprimiéronse unas manchas repulsivas. Gregorio quedó allí atascado, imposibilitado en absoluto de hacer por sí solo el menor movimiento. Las patitas de uno de los lados colgaban en el aire, y las del otro eran dolorosamente prensadas contra el suelo. En esto, el padre diole por detrás un golpe enérgico y salvador, que lo precipitó dentro del cuarto, sangrando en abundancia. Luego, la puerta fue cerrada con el bastón, y todo volvió por fin a la tranquilidad.

Hasta el anoecer, no despertó Gregorio de aquel sueño tan pesado, semejante a un desvanecimiento. No habría tardado mucho en despertar por sí solo, pues ya había descansado bastante; pero le pareció que le despertaba el rumor de unos pasos furtivos y el ruido de la puerta del recibimiento, cerrada con cuidado. El reflejo del tranvía eléctrico ponía franjas de luz en el techo de la habitación y la parte superior de los muebles; pero abajo, donde estaba Gregorio, reinaba la oscuridad. Lenta y todavía torpemente, tanteando con sus tentáculos, cuyo valor ya entonces comprendió, deslizóse hasta la puerta para ver lo que había ocurrido. Su lado izquierdo era una única, larga y repugnante llaga. Andaba cojeando, alternativa y simétricamente, sobre cada una de sus dos filas de patas. Por otra

parte, una de estas últimas, herida en el accidente de por la mañana -¡milagro fue que las demás saliesen ilesas!-, arrastrábase sin vida.

Al llegar a la puerta, comprendió que lo que allí le había traído era el olor de algo comestible. Encontró una escudilla llena de leche azucarada, en la cual nadaban trocitos de pan blanco. A poco si suelta a reír de gozo, pues tenía aún más hambre que por la mañana. Al momento, zambulló la cabeza en la leche casi hasta los ojos; mas pronto hubo de retirarla desilusionado, pues no sólo la dolencia de su lado izquierdo le hacía dificultosa la operación (para comer tenía que poner todo el cuerpo en movimiento), sino que, además, la leche, que hasta entonces fuera su bebida predilecta -por eso, sin duda, habíala colocado allí la hermana-, no le gustó nada. Se apartó casi con repugnancia de la escudilla, y se arrastró de nuevo hacia el centro de la habitación.

Por la rendija de la puerta vio que el gas estaba encendido en el comedor. Pero contrariamente a lo que sucedía siempre, no se oía al padre leer en alta voz a la madre y a la hermana el diario de la noche. No se sentía el menor ruido. Quizás esta costumbre, de la que siempre le hablaba la hermana en sus cartas, hubiese últimamente desaparecido. Pero todo en torno estaba silencioso, y eso que, con toda seguridad, la casa . no estaba vacía. «¡Qué vida más tranquila parece llevar mi familia!», pensó Gregorio. Y mientras sus miradas se clavaban en la sombra, sintióse orgulloso de haber podido proporcionar a sus padres y hermana tan sosegada existencia, en marco tan lindo. Con pavor pensó al punto que aquella tranquilidad, aquel bienestar y aquella alegría tocaban a su término Para no dejarse extraviar por estos pensamientos, prefirió agitarse físicamente y comenzó a arrastrarse por el cuarto.

En el curso de la noche, entreabrióse una vez una de las hojas de la puerta, y otra vez la otra: alguien, sin duda, necesitaba entrar, y vacilaba. Gregorio, en vista de ello, paróse contra la misma puerta que daba al comedor, dispuesto a atraer hacia el interior al indeciso visitante, o por lo menos a averiguar quién fuera éste. Pero la puerta no volvió a abrir se, y espero en vano. En las primeras horas de la mañana, cuando se hallaba la puerta cerrada, todos habían hecho por entrar, y ahora que él había abierto una puerta, y que las otras habían sido también abiertas, sin duda durante el día, ya no venía nadie, y las llaves quedaban por fuera, en las cerraduras.

Muy entrada la noche, se apagó la luz del comedor. Pudo Gregorio comprender por ello que sus padres y su hermana habían velado hasta entonces. Sintió que se alejaban de puntillas. Hasta por la mañana no entraría ya seguramente nadie a ver a Gregorio; éste tenía tiempo sobrado para pensar, sin temor a ser importunado, acerca de cómo le convenía ordenar en adelante su vida. Pero aquella habitación fría y alta de techo, en donde había de permanecer echado de bruces, le dio miedo, sin que lograrse explicarse el porqué, pues era la suya, la habitación en que vivía desde hacía cinco años Bruscamente, y con cierto rubor, precipitóse debajo del sofá, en donde, no obstante sentirse algo estrujado, por no poder

levantar la cabeza, se encontró en seguida muy bien, lamentando únicamente no poder introducirse allí por completo a causa de su excesiva corpulencia.

Así permaneció toda la noche, parte de un semisueño, del que le despertaba con sobresalto el hambre, y parte también presa de preocupaciones y esperanzas no muy definidas, pero cuya conclusión era siempre la necesidad, por de pronto, de tener calma y paciencia y de hacer lo posible para que la familia, a su vez, soportase cuantas molestias él, en su estado actual, no podía por menos de causar.

Muy de mañana -apenas si clareaba el día- tuvo Gregorio ocasión de experimentar la fuerza de estas resoluciones. Su hermana, ya casi arreglada, abrió la puerta que daba al recibimiento y miró ávidamente hacia el interior. Al principio, no lo vio; pero al divisarle luego debajo del sofá -¡en algún sitio había de estar, santo Dios! ¡No iba a haber volado!- se asustó tanto que, sin poderse dominar, volvió a cerrar la puerta. Mas debió arrepentirse de su proceder, pues tornó a abrir al momento y entró de puntillas, como si fuese la habitación de un enfermo de gravedad o la de un extraño. Gregorio, con la cabeza casi asomada fuera del sofá, la observaba. ¿Repararía en que no había probado la leche, y comprendiendo que ello no era por falta de apetito, le traería de comer otra cosa más adecuada? Pero, si por ella misma no lo hacía, él prefería morirse de hambre antes que llamarle la atención sobre esto, no obstante sentir unas ganas tremendas de salir de debajo del sofá, arrojarse a sus pies y suplicarle le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana, asombrada, advirtió inmediatamente que la escudilla estaba intacta; únicamente se había vertido un poco de leche. Recogió ésta en seguida; verdad que no con la mano, sino valiéndose de un trapo, y se la llevó. Gregorio sentía una gran curiosidad por ver lo que iba a traerle en sustitución, haciendo respecto a ello muchas y muy distintas conjeturas. Mas nunca hubiera adivinado lo que la bondad de la hermana le reservaba. A fin de ver cuál era su gusto, trajo un surtido completo de alimentos y los extendió sobre un periódico viejo: allí había legumbres atrasadas, medio podridas ya; huesos de la cena de la víspera, rodeados de salsa blanca cuajada, pasas y almendras; un pedazo de queso que, dos días antes, Gregorio había declarado incomible; un panecillo duro; otro untado con mantequilla, y otro con mantequilla y sal. Añadió a esto la escudilla, que por lo visto quedaba destinada para Gregorio definitivamente, pero ahora estaba llena de agua. Y por delicadeza (pues sabía que Gregorio no comería estando ella presente) retiróse cuan pronto pudo, y echó la llave, sin duda para que Gregorio comprendiese que podía ponerse a sus anchas. Al ir Gregorio a comer, sus patas produjeron como un zumbido. Por otra parte, las heridas debían de haberse curado ya por completo, porque no sintió ninguna molestia; lo cual no dejó de sorprenderle, pues recordó que hacía más de un mes se había herido con un cuchillo en un dedo y que la antevíspera todavía le dolía bastante. «¿Si tendré yo ahora menos sensibilidad que antes?», pensó, mientras comenzaba a chupar con glotonería el queso, que fue lo primero y que con más fuerza le sedujo. Rápidamente, con los ojos arrasados en lágrimas de alegría, devoró sucesivamente el queso, las legumbres y la salsa. En cambio, los alimentos

frescos no le gustaban: su olor mismo le era insoportable, hasta el punto de arrastrar lejos aquellas cosas que quería comer.

Ya hacía tiempo que había terminado. Hallábase perezosamente extendido en el mismo sitio, cuando la hermana, para anunciarle, sin duda, que debía retirarse, hizo girar lentamente la llave. A pesar de estar medio dormido, Gregorio se sobresaltó y corrió a ocultarse de nuevo debajo del sofá. Mas permanecer allí, aunque sólo el breve tiempo en que la hermana estuvo en el cuarto, costóle ahora gran esfuerzo de voluntad; pues, a consecuencia de la copiosa comida, su cuerpo habíase abultado algo y apenas si podía respirar en aquel reducido espacio. Presa de un leve ahogo miraba, con los ojos un poco salidos de sus órbitas, a su hermana, completamente ajena a lo que le sucedía, barrer con una escoba, no sólo los restos de la comida sino también los alimentos que Gregorio no había siquiera tocado, como si éstos no pudiesen ya aprovecharse. Y vio también cómo lo arrojaba todo violentamente a un cubo que cerró luego con una tapa de madera, llevándose por fin. Apenas se hubo marchado, Gregorio salió de su escondrijo, se despezó y respiró.

De esta manera recibió Gregorio diariamente su comida; una vez por la mañana, cuando todavía dormían los padres y la criada, y otra después del almuerzo, mientras los padres sesteaban un rato y la criada salía a algún recado, a que la mandaba la hermana. Seguramente no querían tampoco ellos que Gregorio se muriese de hambre; pero tal vez no hubieran podido soportar el espectáculo de sus comidas, y era mejor que sólo las conociesen por lo que les dijera la hermana. Tal vez también quería ésta ahorrarles una pena más, sobre lo que ya sufrían.

A Gregorio le fue completamente imposible averiguar con qué disculpas habían despedido aquella mañana al médico y al cerrajero. Como no se hacía comprender de nadie, nadie pensó, ni siquiera la hermana, que él pudiese comprender a los demás. No le quedó pues otro remedio que contentarse, cuando la hermana entraba en su cuarto, con oírle gemir e invocar a todos los santos. Más adelante, cuando ella se hubo acostumbrado un poco a este nuevo estado de cosas (no puede, naturalmente, suponerse que se acostumbrase por completo), pudo Gregorio advertir en ella alguna intención amable, o, por lo menos, algo que se podía considerar como tal. «Hoy sí que le ha gustado», decía, cuando Gregorio había comido opíparamente; mientras que en el caso contrario, cada vez más frecuente, solía decir casi con tristeza: «Vaya, hoy lo ha dejado todo».

Mas, aun cuando Gregorio no podía saber directamente ninguna noticia, prestó atención a lo que sucedía en las habitaciones contiguas, y tan pronto sentía voces, corría hacia la puerta que correspondía al lado de donde provenían y se pegaba a ella cuan largo era. Particularmente en los primeros tiempos, todas las conversaciones se referían a él, aunque no claramente. Durante dos días, en todas las comidas hubo deliberaciones acerca de la conducta que cumplía observar en adelante. Mas también fuera de las comidas

hablábase de lo mismo, pues como ninguno de los miembros de la familia quería permanecer solo en casa, siempre había allí por lo menos dos personas. Ya el primer día la criada -por cierto que todavía no se sabía exactamente hasta qué punto estaba enterada de lo ocurrido- habíale suplicado de rodillas a la madre que la despidiese en seguida, y al marcharse, un cuarto de hora después, agradeció con lágrimas en los ojos el gran favor que se le hacía, y sin que nadie se lo pidiese, comprometióse con los más solemnes juramentos, a no contar a nadie absolutamente nada.

La hermana tuvo que ponerse a guisar con la madre; lo que, en realidad, no le daba mucho trabajo, pues apenas si comían. Gregorio los oía continuamente animarse en vano unos a otros a comer, siendo un «gracias, tengo bastante», u otra frase por el estilo, la respuesta invariable a estos requerimientos. Tampoco bebían casi nada. Con frecuencia preguntaba la hermana al padre si quería cerveza, brindándose a ir ella misma a buscarla. Callaba el padre, y entonces ella añadía que también podían mandar a la portera. Pero el padre respondía finalmente un «no» que no admitía réplica, y no se hablaba más del asunto.

Ya el primer día expuso el padre a la madre y a la hermana la verdadera situación económica de la familia y las perspectivas que ante ésta se abrían. De vez en cuando levantábase de la mesa para buscar en su pequeña caja de caudales -salvada de la quiebra cinco años antes- algún documento o libro de notas. Se oía el ruido de la complicada cerradura al abrirse y volverse a cerrar después de haber sacado el padre lo que buscaba. Estas explicaciones fueron, en cierto modo, la primera noticia agradable que le fue dado oír a Gregorio desde su encierro. El siempre había creído que a su padre no le quedaba absolutamente nada del antiguo negocio. El padre, al menos, nada le había dicho que pudiese desvanecer esta idea. Verdad es que tampoco Gregorio le había preguntado nada sobre el particular. Por aquel entonces, Gregorio sólo había pensado en poner cuantos medios estuviesen a su alcance para hacer olvidar a los suyos, lo más rápidamente posible, la desgracia mercantil que los sumiera a todos en la más completa desesperación. Por eso había él comenzado a trabajar con tal ahínco' convirtiéndose en poco tiempo, de dependiente sin importancia, en todo un viajante de comercio, con harto mayores posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales patentizábanse inmediatamente bajo la forma de comisiones contantes y sonantes, puestas sobre la mesa familiar ante el asombro y la alegría de todos. Fueron aquéllos, tiempos hermosos de veras. Pero no se habían repetido, al menos con igual esplendor, no obstante llegar más tarde Gregorio a ganar lo suficiente para llevar por sí solo el peso de toda la casa. La costumbre, tanto en la familia, que recibía agradecida el dinero de Gregorio, como en éste, que lo entregaba con gusto, hizo que aquella primera sorpresa y primera alegría no volviesen a reproducirse con el mismo calor. Únicamente la hermana permaneció siempre estrechamente unida a Gregorio, y como contrariamente a éste, era muy aficionada a la música y tocaba el violín con mucha alma, Gregorio alimentaba la secreta esperanza de mandarla el año próximo al Conservatorio, sin reparar en los gastos que esto habría forzosamente de acarrear y de los cuales ya se resarciría por otro lado. Durante las breves estancias de Gregorio junto a los

suyos, la palabra «Conservatorio» sonaba a menudo en las charlas con la hermana, pero siempre como añoranza de un lindo sueño, en cuya realización no se podía ni pensar. A los padres, estos ingenuos proyectos no les hacían ninguna gracia; pero Gregorio pensaba muy seriamente en ello, y tenía decidido anunciarlo solemnemente la noche de Navidad.

Todos estos pensamientos, completamente inútiles ya, agitábanse en su mente mientras él, pegado a la puerta, escuchaba lo que se decía al lado. De vez en cuando la fatiga impedíale prestar atención, y dejaba caer con cansancio la cabeza contra la puerta. Mas al punto tornaba a erguirla, pues incluso el levisimo ruido que este gesto suyo originaba, era oído en la habitación contigua, haciendo enmudecer a todos.

-Pero, ¿qué hará otra vez? -decía al poco el padre, mirando sin- duda hacia la puerta.

Y, pasados unos momentos, reanudábase la interrumpida conversación.

De este modo supo, pues, Gregorio, con gran satisfacción -el padre repetía y recalcaba sus explicaciones, en parte porque hacía tiempo que él mismo no se había ocupado de aquellos asuntos, y en - arte también porque la madre tardaba en entenderlos- que, a pesar de la desgracia, aún les quedaba del antiguo esplendor algún dinero; verdad es que muy escaso, pero que algo había ido aumentando desde entonces gracias a los intereses intactos. Además, el dinero entregado todos los meses por Gregorio -él se reservaba únicamente una ínfima cantidad- no se gastaba por completo, y había ido a su vez formando un pequeño capital. A través de la puerta, Gregorio aprobaba con la cabeza, contento de esta inesperada previsión e insospechado ahorro. Ciertamente con este dinero sobrante podía él haber pagado poco a poco la deuda que su padre tenía con el jefe, y haberse vasto libre de ella mucho antes de lo que creyera; pero ahora resultaban sin duda mejor las cosas tal como el padre las había dispuesto.

Ahora bien, este dinero era de todo punto insuficiente para permitir a la familia vivir tranquila de sus rentas; todo lo más bastaría tal vez para uno o, a lo sumo, dos años. Para más tiempo, ¡ni pensarlo! Por lo tanto, era éste un capitalito al que en realidad no se debía tocar, y que convenía conservar para un caso de necesidad. El dinero para ir viviendo, no había más remedio que ganarlo. Pero ocurría que el padre, aunque estaba bien de salud, era ya viejo y llevaba cinco años sin trabajar; por lo tanto, poco podía esperarse de él; en estos cinco años que habían constituido los primeros ocios de su laboriosa, pero fracasada existencia, había ido asimilando mucha grasa, y se había puesto excesivamente pesado. ¿Incumbiríale acaso trabajar a la madre, que padecía de asma, que se fatigaba con sólo andar un poco por casa, y que un día sí y otro también tenía que tenderse en el sofá, con la ventana abierta de par en par, porque le faltaba la respiración? ¿Corresponderíale a la hermana, todavía una niña, con sus diecisiete años, Y cuya envidiable existencia había consistido, hasta entonces, en emperifollarse, dormir todo lo que pedía el cuerpo, ayudar en

los quehaceres domésticos, participar en alguna que otra modesta diversión y, sobre todo, tocar el violín?

Cada vez que la conversación venía a parar a esta necesidad de ganar dinero, Gregorio abandonaba la puerta y, encendido de pena y de vergüenza, arrojábase sobre el fresco sofá de cuero. A menudo pasábase allí toda la noche, sin pegar ojo, arañando el cuero hora tras hora. A veces también tomábase el trabajo excesivo de empujar una butaca hasta la ventana, y, trepando por el alféizar, permanecía de pie en la butaca y apoyado en la ventana, sumido sin duda en sus recuerdos, pues antaño interesábale siempre mirar por la ventana aquella.

Paulatinamente, las cosas más cercanas dibujábasele con menos claridad. El hospital de enfrente, cuya vista había maldecido con frecuencia, ya no lo divisaba; y, de no haber sabido, sin que ello pudiese dejar lugar a dudas, que vivía en una calle tranquila, aunque completamente urbanizada, hubiera podido creer que su ventana daba a un desierto, en el cual fundíanse indistintamente -el cielo y la tierra grises por igual.

Tan sólo dos veces pudo advertir la hermana, siempre vigilante, que la butaca se encontraba junto a la ventana. Y ya, al arreglar la habitación, aproximaba ella misma la butaca. Más aún, dejaba abiertos los primeros dobles cristales.

De haber siquiera podido Gregorio conversar con su hermana; de haberle podido dar las gracias por cuanto por él hacía, le hubieran sido más leves estos trabajos que ocasionaba, y que de este modo tanto le hacían sufrir. Sin duda, la hermana hacía cuanto podía por borrar lo doloroso de la situación, y a medida que transcurría el tiempo, iba consiguiéndolo mejor, como es natural. Pero también Gregorio, a medida que pasaban los días, veíalo todo con mayor claridad.

Ahora, la entrada de la hermana era para él algo terrible. Apenas dentro de la habitación, y sin cuidarse siquiera de cerrar previamente las puertas, como antes, para ocultar a todos la vista del cuarto, corría derecho a la ventana y la abría violentamente, cual si se hallase a punto de asfixiarse; y hasta cuando el frío era intenso, permanecía allí un rato, respirando con fuerza. Tales carreras y estrépitos asustaban a Gregorio dos veces al día. Y Gregorio, aunque seguro de que ella le hubiera evitado con gusto estas molestias, de haberle sido posible permanecer con las ventanas cerradas en la habitación, quedaba temblando debajo del sofá, todo el tiempo que duraba la visita.

Un día -ya había transcurrido un mes desde la metamorfosis, y no tenía por lo tanto la hermana ningún motivo especial para sorprenderse del aspecto de Gregorio entró algo más temprano que de costumbre y se encontró a éste mirando inmóvil por la ventana, pero ya dispuesto a asustarse. Nada le hubiera extrañado a Gregorio que su hermana no entrase, pues él, en la actitud en que estaba, le impedía abrir inmediatamente la ventana. Pero no

sólo no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta; un extraño hubiera creído que Gregorio la acechaba para morderla. Claro es que Gregorio se escondió al punto debajo del sofá, pero hubo de esperar hasta el mediodía antes de ver tornar a su hermana, más intranquila que de costumbre. Ello le dio a entender que su vista seguía siéndole insoportable a la hermana, que lo seguiría siendo y que ésta había de hacer un gran esfuerzo de voluntad para no salir también corriendo al divisar la pequeña parte del cuerpo que sobresalía por debajo del sofá. Y, a fin de ahorrarle incluso esto, transportó un día sobre sus espaldas -trabajo para el cual precisó cuatro horas- una sábana hasta el sofá, y la dispuso de modo que le tapara por completo y que ya la hermana no pudiese verle, por mucho que se agachase.

De no haberle parecido a ella conveniente este arreglo, ella misma hubiera quitado la sábana, pues fácil era comprender que para Gregorio el aislarse no constituía ningún placer. Mas dejó la sábana tal como estaba, e incluso Gregorio, al levantar sigilosamente con la cabeza una punta de ésta, para ver cómo la hermana acogía la nueva disposición, creyó adivinar en ella una mirada de gratitud.

Durante las dos primeras semanas no pudieron los padres decidirse a entrar a verle. él los oyó a menudo ensalzar los trabajos de la hermana, cuando hasta entonces solían, por el contrario, reñirle, por parecerles una muchacha, como quien dice, inútil. Mas, con frecuencia ambos, el padre y la madre esperaban ante la habitación de Gregorio, mientras la hermana la arreglaba, y, en cuanto salía ésta, había de contarles exactamente cómo estaba el cuarto, lo que Gregorio había comido, cuál había sido su actitud y si se advertía en él alguna mejora.

La madre, cierto es, quiso visitar a Gregorio en seguida, y entonces el padre y la hermana la detuvieron con razones que Gregorio escuchó con la mayor atención, y aprobó por entero. Pero más adelante fue menester impedirselo por la fuerza, y cuando exclamaba: -¡Dejadme entrar a ver a Gregorio! ¡Pobre hijo mío! ¿No comprendéis que necesito entrar a verle?», Gregorio pensaba que tal vez conviniera que su madre entrase, claro que no todos los días, pero por ejemplo una vez, a la semana; ella era mucho más comprensiva que la hermana, quien, a pesar de todo su valor, no dejaba de ser, al fin y al cabo, sólo una niña, que quizá sólo por ligereza infantil se había echado sobre los hombros tan penosa carga.

Poco había de tardar en realizarse el deseo de Gregorio de ver a su madre. Durante el día por consideración a sus padres, no se asomaba a la ventana. Pero poco podía arrastrarse por aquellos dos metros cuadrados de suelo. Descansar tranquilo le era ya difícil durante la noche. La comida muy pronto dejó de producirle la menor alegría, y así fue tomando, para distraerse, la costumbre de trepar zigzagueando por las paredes y el techo. En el techo particularmente era donde más a gusto se encontraba; aquello era cosa harto distinta que estar echado en el suelo; allí se respiraba mejor, el cuerpo sentíase agitado por una ligera vibración. Pero aconteció que Gregorio, casi feliz, y al tiempo divertido, desprendióse del techo, con gran sorpresa suya, y se fue a estrellar contra el suelo. Mas, como puede

suponerse, su cuerpo había adquirido una resistencia mucho mayor que antes, y, pese a la fuerza del golpe, no se lastimó.

La hermana advirtió inmediatamente el nuevo entretenimiento de Gregorio -tal vez dejase éste al trepar, acá y allá, rastro de su babilla-, e imaginó al punto facilitarle todo lo posible los medios de trepar, quitando los muebles que lo impedían, y, principalmente, el baúl y la mesa de escribir. Pero esto no podía llevarlo a cabo ella sola; tampoco se atrevía a pedir ayuda al padre; y en cuanto a la criada, no había que contar con ella, pues esta mujer, de unos sesenta años, aunque, se había mostrado muy valiente desde la despedida de su antecesora, había suplicado, como favor especial, que le fuese permitido mantener siempre cerrada la puerta de la cocina y no abrirla sino cuando la llamasen. Por lo tanto, sólo quedaba el recurso de buscar a la madre, en ausencia del padre.

La madre acudió dando gritos de júbilo. Pero se quedó muda en la misma puerta. Como es natural, primero se cercioró la hermana de que todo estaba en orden, y tan sólo luego la dejó pasar. Gregorio se había apresurado a bajar la sábana más que de costumbre, de modo que formara abundantes pliegues. La sábana parecía, efectivamente, haber sido arrojada allí por casualidad. También guardóse esta vez de espiar por debajo; renunció a ver a su madre, gozoso únicamente de que ésta, por fin hubiese venido. .

-Entra, que no se le ve -dijo la hermana, que sin duda conducía a la madre por la mano.

Y Gregorio oyó cómo las dos frágiles mujeres retiraban de su sitio el viejo y harto pesado baúl, y cómo la hermana, siempre animosa, tomaba sobre sí la mayor parte del trabajo, sin hacer caso de las advertencias de la madre, que temía que se fatigase demasiado.

La operación duró bastante; verdad es que, al cabo de un cuarto de hora, la madre declaró que más valía dejar el baúl donde estaba, en primer lugar porque era muy pesado y no acabarían antes del regreso del padre, y además porque, estando en medio de la habitación el baúl, le cortarían el paso a Gregorio, y, en fin, porque no era seguro que a Gregorio le agradara que se retirasen los muebles. A ella le parecía precisamente que debía de ser todo lo contrario. La vista de las paredes desnudas oprimió el corazón. ¿Por qué no había de sentir Gregorio la misma impresión, ya que estaba acostumbrado de antiguo a los muebles de su cuarto? ¿Quién dice que no se sentiría como abandonado en la habitación vacía?

-¿Y no parecería entonces -terminó muy quedo, casi en un susurro, cual si quisiese evitar a Gregorio que no sabía exactamente dónde se encontraba, hasta el sonido de su voz, pues estaba convencida de que no entendía las-palabras-, no parecería entonces que, al retirar los muebles, indicáramos que renunciábamos a toda esperanza de mejoría, y que lo abandonábamos sin consideración ninguna a su suerte? Yo creo que lo mejor sería dejar el

cuarto como antes, a fin de que Gregorio, al volver de nuevo entre nosotros, lo encuentre todo en el mismo estado, y pueda olvidar tanto más fácilmente este paréntesis.

Al oír estas palabras de la madre, comprendió Gregorio que la falta de toda relación humana directa, unida a la monotonía de la existencia que llevaba entre los suyos, había debido trastornar su inteligencia en aquellos dos meses, pues, de otro modo, no podía explicarse que él hubiese deseado ver vaciar su habitación.

¿Es que él deseaba de verdad se cambiase aquella su muelle habitación, confortable y dispuesta con muebles de familia, en un desierto en el cual hubiera podido, es verdad, trepar en todas las direcciones sin el menor impedimento, pero en el cual se hubiera al mismo tiempo olvidado, rápida y completamente, de su asada condición humana?

Ya estaba él ahora muy cerca de olvidarse de ésta, y únicamente habíale conmovido la voz de la madre, no oída hacía ya tiempo. No, no había que retirar nada; todo tenía que permanecer tal cual: no era posible prescindir de la bienhechora influencia que los muebles ejercían sobre él, y aunque éstos impedían su libre ejercicio, ello, en todo caso, antes que un perjuicio, debía ser considerado como una gran ventaja.

Por desgracia, la hermana no compartía esta opinión, y, como se había acostumbrado - cierto es que no sin motivo- a actuar como perito frente a los padres en todo lo que a Gregorio se refería, bastóle la idea expuesta por la madre, para insistir y declarar que no sólo debían ser retirados de allí el baúl y la mesa, en los que al principio únicamente había pensado, sino también todos los demás muebles, excepción hecha del indispensable sofá.

Claro es que a ello no le impulsaban únicamente su tozudez infantil y aquella confianza en sí misma, tan repentina cuan difícilmente adquirida en los últimos tiempos; también había observado que Gregorio, además de necesitar mucho espacio para arrastrarse y trepar, no utilizaba los muebles en lo más mínimo, y tal vez también, con aquel entusiasmo propio de las muchachas de su edad, anheloso siempre de una ocasión que le permitiera ejercitarse, dejöse llevar secretamente por el deseo de aumentar lo pavoroso de la situación de Gregorio, a fin de poder hacer por él más aún de lo que hasta ahora hacía. Y es que en un cuarto en el cual Gregorio hubiese aparecido completamente solo entre las paredes desnudas, seguramente no se atrevería a entrar ningún ser humano fuera de Grete.

No le fue, pues, posible a la madre hacerla desistir de su proyecto, y como en aquel cuarto sentía una gran desazón, no tardó en callarse y en ayudar a la hermana, con todas sus fuerzas, a sacar el baúl. Bueno, del cofre, en caso necesario, Gregorio podía prescindir; pero la mesa tenía que quedarse allí. Apenas hubieron abandonado el cuarto las dos mujeres, llevándose el cofre, al que se agarraban gimiendo, sacó Gregorio la cabeza de debajo del sofá ara ver el modo de intervenir con la mayor consideración y todas las precauciones posibles. Por desgracia, la madre fue la primera en volver, mientras Grete, en

la habitación de al lado, seguía agarrada al cofre, zarandeándolo de un lado para otro, aunque sin lograr mudarlo de sitio. La madre no estaba acostumbrada a la vista de Gregorio; podía haber enfermado al verlo de pronto; así es que Gregorio, asustado, retrocedió a toda velocidad hasta el otro extremo del sofá; pero demasiado tarde para evitar que la sábana que le ocultaba se agitase un poco, lo cual bastó para llamar la atención de la madre. ésta paróse en seco, quedó un punto suspensa, y volvió junto a Grete.

Aunque Gregorio repetíase de continuo que seguramente no había de acontecer nada de extraordinario, y que sólo algunos muebles serían cambiados de sitio, no pudo menos de impresionarle, cual él mismo reconoció muy pronto, aquel ir y venir de las mujeres, las llamadas que una a otra se dirigían, el rayar de los muebles en el suelo, en una palabra, aquella confusión que reinaba en torno suyo, y, encogiéndose cuanto pudo la cabeza y las piernas, aplastando el vientre contra el suelo, hubo de confesar, ya sin miramientos de ninguna clase, que no le sería posible soportarlo mucho tiempo.

Le vaciaban su cuarto, le quitaban cuanto él amaba: ya se habían llevado el baúl en que guardaba la sierra y las demás herramientas; ya movían aquella mesa firmemente empotrada en el suelo, y en la cual, cuando estudiaba la carrera de comercio, cuando cursaba el Grado, e incluso cuando iba a la escuela, había escrito sus temas Sí; no tenía ya ni un minuto que perder para enterarse de las buenas intenciones de las dos mujeres, cuya existencia, por lo demás, casi había olvidado, pues, rendidas por la fatiga, trabajaban en silencio y sólo se percibía el rumor de sus pasos cansados.

Y así fue como -en el mismo momento en que las mujeres en la habitación continua, recostábanse un punto en la mesa escritorio para tomar aliento- así fue como salió de repente de su escondrijo, cambiando hasta cuatro veces la dirección de su marcha. No sabía en verdad a qué acudir primero. En esto, llamóle la atención en la pared ya desnuda, el retrato de la dama envuelta en pieles. Trepó precipitadamente hasta allí y agarróse al cristal, cuyo contacto calmó el ardor de su vientre. Al menos esta estampa que él tapaba ahora por completo no se la quitarían. Y volvió la cabeza hacia la puerta del comedor, para observar a las mujeres cuando éstas entrasen.

La verdad es que éstas no se habían concedido mucha tregua. Ya estaban allí de nuevo, rodeando Grete a la madre con el brazo, casi sosteniéndola.

-Bueno, y ahora ¿qué nos llevamos? -dijo Grete mirando en derredor.

En esto, sus miradas cruzáronse con las de Gregorio, pegado a la pared. Grete logró dominarse, cierto es que únicamente a causa de la presencia de la madre, inclinóse hacia ésta para ocultarle la vista de lo que había en torno suyo, y, aturdida y temblorosa:

-Ven -dijo-, ¿no te parece mejor que nos vayamos un momento al comedor?

Para Gregorio, la intención de Grete no dejaba lugar a dudas: quería poner a salvo a la madre, y, después, echarlo abajo de la pared. Bueno, ¡pues que intentase hacerlo! él continuaba agarrado a su estampa y no cedería. Prefería saltarle a Grete a la cara.

Mas las palabras de Grete sólo habían logrado inquietar a la madre. ésta se echó a un lado: divisó aquella mancha oscura sobre el rameado papel de la pared y, antes de poder darse siquiera cuenta de que aquello era Gregorio, gritó con voz aguda:

-¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío!

Y se desplomó en el sofá, con los brazos extendidos, cual si todas sus fuerzas la abandonasen, quedando allí sin .,movimiento.

-¡Ojo, Gregorio! -gritó la hermana con el puño en alto y enérgica mirada.

Eran éstas las primeras palabras que le dirigía directamente después de la metamorfosis. Pasó a la habitación contigua, en busca de algo que dar a la madre para hacerla volver en sí.

Gregorio hubiera querido ayudarla -para salvar la estampa había todavía tiempo-, pero se hallaba pegado al cristal, y hubo de desprenderse de él violentamente. Después de lo cual precipitóse también en la habitación contigua, cual si le fuese posible, como antaño, dar algún consejo a la hermana. Mas hubo de contentarse con permanecer quieto detrás de ella.

Ella, entretanto, revolvía entre diversos frascos; al volverse se asustó, dejó caer al suelo una botella, que se rompió, y un fragmento hirió a Gregorio en la cara, llenándosela de un líquido corrosivo. Mas Grete, sin detenerse, cogió tantos frascos como llevarse pudo, y entró en el cuarto de Gregorio, cerrando tras sí la puerta con el pie. Gregorio encontróse, pues, completamente separado de la madre, la cual, por culpa suya, hallábase tal vez en trance de muerte. ¡Y él no podía abrir la puerta si no quería echar de allí a la hermana, cuya presencia junto a la madre era necesaria; y, por lo tanto, no le quedaba más remedio que esperar!

Y, presa de remordimientos y de inquietud, comenzó a trepar por todas las paredes, todos los muebles y por todo el techo y, finalmente, cuando ya la habitación comenzaba a dar vueltas en torno suyo, dejóse caer con desesperación encima de la mesa.

Así transcurrieron unos instantes. Gregorio yacía extenuado; todo en derredor callaba, lo cual era tal vez buena señal. En esto, llamaron. La criada estaba, como siempre, encerrada en su cocina, y Grete tuvo que salir a abrir. Era el padre.

-¿Qué es lo que ha ocurrido?

éstas fueron sus primeras palabras. El aspecto de Grete se lo había revelado todo. Grete ocultó su cara en el pecho del padre y, con voz sorda, declaró:

-Madre se ha desmayado, pero ya está mejor. Gregorio se ha escapado.

-Lo esperaba -dijo el padre-. Siempre os lo dije: pero vosotras, las mujeres, nunca queréis hacer caso. Gregorio comprendió que el padre, al oír las noticias que Grete le daba a boca de jarro, había entendido mal, y se figuraba, sin duda, que él había cometido algún acto de violencia. Necesitaba por lo tanto apaciguar al padre, pues no tenía ni tiempo ni medios para aclararle lo ocurrido. Precipitóse hacia la puerta de su habitación, aplastándose contra ella, para que el padre, en cuanto entrase, se percatase de que Gregorio tenía intención de regresar inmediatamente a su cuarto, y de que no sólo era preciso empujarlo hacia adentro, sino que bastaba con abrirle la puerta para que al punto desapareciese.

Pero el estado de ánimo del padre no era el más a propósito para advertir estas sutilezas.

-¡Ay! -gritó al entrar, con un tono a un tiempo furioso y triunfante. Gregorio apartó la cabeza de la puerta y la alzó hacia su padre. Todavía no se había presentado a éste en su nuevo estado. Verdad es también que, en los, últimos tiempos, ocupado por entero en establecer su nuevo sistema de arrastrarse por doquier, había dejado de preocuparse como antes de lo que sucedía en el resto de -la casa, y que, por lo tanto, debía de haberse preparado a encontrarse las cosas harto cambiadas.

Pero, y pese a todo, ¿era aquél realmente su padre? ¿Era éste aquel hombre que antaño, cuando Gregorio se preparaba a emprender un viaje de negocios, permanecía fatigado en la cama? ¿Aquel mismo hombre que al regresar a casa le acogía en bata, hundido en su butaca, y que, por no estar en condiciones de levantarse, contentábase con alzar los brazos en señal de alegría? ¿Aquel mismo hombre que, en los raros paseos dados en común, algunos domingos, o en las fiestas principales, entre Gregorio y la madre, cuyo paso ya de por sí era lento, pero que entonces acortábase todavía más, avanzaba envuelto en su viejo gabán, apoyándose cuidadosamente en el bastón, y que solía pararse cada vez que quería decir algo, obligando a los demás a formar corro en torno suyo?

Pero no, ahora presentábase firme y derecho, con un severo uniforme azul con botones dorados, cual el que suelen usar los ordenanzas de los bancos. Sobre la rigidez del cuello, alto, derramábase la papada; bajo las pobladas cejas, los ojos negros, despedían una mirada atenta y lozana, y el cabello blanco, siempre desmelenado hasta entonces, aparecía brillante y dividido por una raya primorosamente sacada.

Arrojó sobre el sofá la gorra que ostentaba un monograma dorado -probablemente el de algún banco y, trazando una curva, cruzó toda la habitación, dirigiéndose con cara torva

hacia Gregorio, con las manos en los bolsillos del pantalón, y los faldones de su larga levita de uniforme recogidos hacia atrás. él mismo no sabía lo que iba a hacer; mas levantó los pies a una altura desusada, y Gregorio quedó asombrado de las gigantescas proporciones de sus suelas. Empero, esta actitud no le enojó, pues ya sabía, desde el primer día de su nueva vida, que al padre la mayor severidad le parecía poca con respecto al hijo. Echó. pues a correr delante de su progenitor, deteniéndose cuando éste, y emprendiendo nueva carrera en cuanto le veía hacer un movimiento.

Así dieron varias veces la vuelta a la habitación, sin llegar a nada decisivo. Es más, sin que esto, debido a las dilatadas pausas, tuviese el aspecto de una persecución. Por lo mismo, prefirió Gregorio no alejarse al pronto del suelo: temía principalmente que el padre tomase su huida por las paredes o por el techo por un refinamiento de maldad.

Mas no tardó mucho Gregorio en comprender que aquellas carreras no podían prolongarse, pues, mientras su padre daba un paso, tenía él que realizar un sinnúmero de movimientos, y su respiración se le tornaba anhelante. Bien es verdad que tampoco en su estado anterior podía confiar mucho en sus pulmones.

Tambaleóse un punto, intentando concentrar todas sus fuerzas para emprender nuevamente la huida. Apenas si podía tener los ojos abiertos; en su azoramiento, no pensaba en más salvación posible que la que le proporcionase seguir corriendo, y ya casi se había olvidado de que las paredes ofrecíansele completamente libres; aunque cierto es que estaban atestadas de muebles esmeradamente tallados, que amenazaban por doquier con sus ángulos y sus picos.

En esto, algo discretamente lanzado cayó justo a su lado, y rodó ante él; era una manzana, a la que pronto hubo de seguir otra. Gregorio, atemorizado, no se movió; era inútil continuar corriendo, pues el padre había resuelto bombardearle. Se había llenado los bolsillos con el contenido del frutero que estaba sobre el aparador, y arrojaba una manzana tras otra, aunque sin lograr por el momento dar en el blanco.

Las manzanitas rojas rodaban por el suelo, como electrizadas, tropezando unas con otras. Una de ellas, lanzada con mayor habilidad, rozó la espalda de Gregorio, pero se deslizó por ella sin causarle daño. En cambio, la siguiente le asestó un golpe certero, y, aunque Gregorio intentó escaparse, cual si aquel intolerable dolor pudiese desvanecerse al cambiar de sitio, parecióle que le clavaban en donde estaba, y quedó allí, despatarrado, perdiendo la noción de cuanto sucedía en torno.

Su postrer mirada enterólo todavía de cómo la puerta de su habitación abríase con violencia, y pudo ver asimismo a la madre corriendo en camisa -pues Grete la había desnudado para hacerla volver de su desvanecimiento- delante de la hermana que gritaba; llegó a la madre precipitándose hacia el padre, perdiendo en el camino una tras otra sus

faldas desanudadas, y por fin, después de tropezar con éstas, llegar hasta donde el padre estaba, abrazarse estrechamente a él

Y Gregorio, con la vista ya nublada, sintió por último cómo su madre, con las manos cruzadas en la nuca del padre, le suplicaba que perdonase la vida al hijo.

Aquella grave herida, de la cual tardó más de un mes en curar -nadie se atrevió a quitarle la manzana, que así quedó empotrada en su carne, cual visible testimonio de lo ocurrido-, pareció recordar, incluso al padre, que Gregorio, pese a lo triste y repulsivo de su forma actual, era un miembro de la familia, a quien no se debía tratar como a un enemigo, sino, por el contrario, guardar todos los respetos, y que era un elemental deber de familia sobreponerse a la repugnancia y resignarse. Resignarse y nada más.

Gregorio, por su parte, aun cuando a causa de su herida había perdido, acaso para siempre, el libre juego de sus movimientos; aun cuando precisaba ahora, cual un anciano impedido, varios e interminables minutos para cruzar su habitación -trepar hacia lo alto, ya ni pensarlo-, Gregorio tuvo en aquella agravación de su estado, una compensación que le pareció hartamente suficiente: por la tarde, la puerta del comedor, en la cual tenía ya fija la mirada desde una o dos horas antes, la puerta del comedor se abría, y él, echado en su cuarto, en tinieblas, invisible para los demás, podía contemplar a toda la familia en torno a la mesa iluminada, y oír sus conversaciones, como quien dice con aquiescencia general; o sea ya de un modo muy distinto. Claro está que las tales conversaciones no eran, ni con mucho, aquellas charlas animadas de otros tiempos, que Gregorio añoraba en los reducidos aposentos de las fondas, y en las que pensaba con ardiente afán al arrojarse, fatigado, sobre la húmeda ropa de la cama extraña. Ahora, la mayor parte de las veces, la velada transcurría monótona y triste. Poco después de cenar, el padre se dormía en su butaca, y la madre y la hermana recomendábanse una a otra silencio. La madre, inclinada muy junto a la luz, cosía ropa blanca fina para un almacén, y la hermana, que se había colocado de dependienta, estudiaba por las noches estenografía y francés, a fin de lograr quizás con el tiempo un puesto mejor que el actual. De cuando en cuando, el padre despertaba y, cual si no se diese cuenta de haber dormido, decía a la madre: «¡Cuánto cosas hoy también!». Y volvía al punto a dormirse, mientras la madre y la hermana, rendidas de cansancio, cambiaban una sonrisa.

El padre negábase obstinadamente a despojarse, ni aun en casa, de su uniforme de ordenanza. Y, mientras la bata ya inútil colgaba de la percha, dormitaba perfectamente uniformado, cual si quisiese hallarse siempre dispuesto a prestar servicio, o esperase oír hasta en su casa la voz de alguno de sus jefes. Con lo cual el uniforme, que ya al principio no era nuevo, perdió rápidamente su pulcritud, a pesar del cuidado de la madre y de la hermana. Y Gregorio, con frecuencia, pasábase horas enteras con la mirada puesta en ese traje lustroso, lleno de lamparones, pero con los botones dorados siempre relucientes, dentro del cual el viejo dormíase hartamente incómodo, si bien tranquilo.

Al dar las diez, la madre intentaba despertar al padre, exhortándole dulcemente a marcharse a la cama, queriendo convencerle de que aquello no era dormir de veras, cosa que él tanto necesitaba, pues ya a las seis había de comenzar su servicio. Mas el padre, con la obstinación que se había apoderado de él desde que era ordenanza, persistía en querer permanecer más tiempo a la mesa, no obstante dormirse allí invariablemente, y costaba gran trabajo moverle a cambiar la butaca por la cama. Pese a todos los razonamientos de la madre y la hermana, él seguía allí con los ojos cerrados, dando lentas cabezadas cuarto de hora tras cuarto de hora, y no se levantaba. La madre sacudíale de la manga, deslizándole en el oído palabras cariñosas; la hermana abandonaba su tarea para ayudarla. Pero de nada servía esto, pues el padre hundíase más hondo en su butaca,, y no abría los ojos hasta que las dos mujeres le asían por debajo de los brazos. Entonces miraba a una y a otra, y solía exclamar: «¡Sí que es una vida! ¡éste es el sosiego de mis últimos años!».

Y penosamente, cual si la suya fuese la carga más pesada, poníase en pie, apoyándose en la madre y la hermana, dejábase acompañar de esta guisa hasta la puerta, indicábales allí con el gesto que ya no las necesitaba, y seguía solo su camino, mientras la madre arrojaba rápidamente sus útiles de costura y la hermana sus plumas, para correr en pos suya y continuar ayudándole.

¿Quién, en aquella familia cansada, deshecha por el trabajo, hubiera podido dedicar a Gregorio algún tiempo más que el estrictamente necesario? El tren de la casa redújose cada vez más. Se despidió a la criada, sustituyéndola en los trabajos más duros por una asistenta, una especie de gigante huesudo, con un nimbo de cabellos blancos en torno a la cabeza, que venía un rato por la mañana, y otro por la tarde, siendo la madre quien hubo de sumar, a su nada corta labor de costura, todos los demás quehaceres. Hubieron incluso de venderse varias alhajas que poseía la familia, y que, en otros tiempos, habían lucido gozosas la madre y la hermana en fiestas y reuniones. Así lo averiguó Gregorio a la noche, por la conversación acerca del resultado de la venta. Mas el mayor motivo de lamentación consistía siempre en la imposibilidad de dejar aquel piso, demasiado grande ya en las actuales circunstancias, pues no había modo alguno de mudar a Gregorio. Pero bien comprendía éste que él no era el verdadero impedimento para la mudanza, ya que se le podía haber transportado fácilmente en un cajón, con tal que tuviese un par de agujeros por donde respirar. No, lo que detenía principalmente a la familia, en aquel trance de mudanza, era la desesperación que le infundía el tener que concretar la idea de que había sido azotada por una desgracia, inaudita hasta entonces en todo el círculo de sus parientes y conocidos.

Hubieron de apurar hasta la hez el cáliz que el mundo impone a los desventurados: el padre tenía que ir a buscar el desayuno del humilde empleado del Banco; la madre, que sacrificarse por ropas de extraños; la hermana, que correr de acá para allá detrás del mostrador, conforme lo exigían los clientes. Pero las fuerzas de la familia no daban ya más de sí. Y Gregorio sentía renovarse el dolor de la herida que tenía en la espalda, cuando la madre y la hermana, después de acostar al padre, tornaban al comedor, y abandonaban el

trabajo para sentarse muy cerca una de la otra, casi mejilla con mejilla. La madre señalaba hacia la habitación de Gregorio y decía: «Grete, cierra esa puerta».

Y Gregorio hallábase de nuevo sumido en la oscuridad, mientras, en la habitación contigua, las mujeres confundían sus lágrimas, o se quedaban mirando fijamente a la mesa con los ojos secos.

Las noches y los días de Gregorio deslizábanse sin que el sueño tuviese apenas parte en ellos. A veces, ocurríasele pensar que iba a abrirse la puerta de su cuarto, y que él iba a encargarse de nuevo, como antes, de los asuntos de la familia. Por su mente volvieron a cruzar, tras largo tiempo, el jefe y el gerente, el dependiente y el aprendiz, aquel ordenanza tan cerril, dos o tres amigos que tenía en otros comercios, una camarera de una fonda provinciana, y un recuerdo amado y pasajero: el de una cajera de una sombrerería, a, quien había formalmente pretendido, pero sin bastante apremio

Todas estas personas aparecíansele confundidas con otras extrañas ha tiempo olvidadas; mas ninguna podía prestarle ayuda, ni a él ni a los suyos. Eran todas inasequibles y se sentía aliviado cuando lograba desechar su recuerdo. Y, después, perdía también el humor de preocuparse por su familia, y sólo sentía hacia ella irritación producida por la poca atención que se le dispensaba. No se le ocurría pensar en nada que le apeteciera; empero, fraguaba planes para llegar hasta la despensa, y apoderarse, aunque sin hambre, de lo que en todo caso le pertenecía de derecho. La hermana no se preocupaba ya en idear lo que más había de agradaarle; antes de marchar a su trabajo, por la mañana y por la tarde, empujaba con el pie cualquier comida en el interior del cuarto, y luego, al regresar, sin fijarse siquiera si Gregorio sólo había probado la comida -lo cual era lo más frecuente- o si ni siquiera la había tocado, recogía los restos de un escobazo. El arreglo de la habitación, que siempre tenía lugar de noche, no podía asimismo ser más rápido. Las paredes estaban cubiertas de mugre y el polvo y la basura amontonábanse en los rincones.

En los primeros tiempos, al entrar la hermana, Gregorio se situaba precisamente en el rincón en que la porquería resultaba más patente. Pero ahora, podía haber permanecido allí semanas enteras sin que por eso la hermana se hubiese aplicado más, pues veía la porquería tan bien como él, pero estaba por lo visto decidida a dejarla. Con una susceptibilidad en ella completamente nueva, pero que se había extendido a toda la familia, no admitía que ninguna otra persona interviniese en el arreglo de la habitación. Un día, la madre quiso limpiar a fondo el cuarto de Gregorio, tarea que sólo pudo llevar a cabo con varios cubos de agua -y verdad es que la humedad le hizo daño a Gregorio, que yacía amargado e inmóvil debajo del sofá-, mas el castigo no se hizo esperar; apenas hubo advertido la hermana, al regresar por -la tarde, el cambio operado en la habitación, sintióse ofendida en lo más íntimo de su ser, precipitóse en el comedor, y, sin reparar en la actitud suplicante de la madre, rompió en una crisis de lágrimas que sobrecogió a los padres por cuanto tenía de extraña y desconsolada. Por fin los padres -el padre, asustado, había dado un brinco en su

butaca- se tranquilizaron; el padre, a la derecha de la madre, reprochábale el no haber cedido por entero a la hermana el cuidado de la habitación de Gregorio; la hermana, a la izquierda, aseguraba a gritos que ya no le sería posible encargarse de aquella limpieza. Entretanto, la madre quería llevarse a la alcoba al padre que no podía contener su excitación; la hermana, sacudida por los sollozos, daba puñetazos en la mesa con sus manitas, y Gregorio silbaba de rabia, porque ninguno se había acordado de cerrar la puerta y de ahorrarle el tormento de aquel espectáculo y aquel jollín.

Mas si la hermana, extenuada por el trabajo, hallábase ya cansada de cuidar a Gregorio como antes, no tenía por qué remplazarla la madre, ni Gregorio tenía por qué sentirse abandonado, que ahí estaba la asistenta. Esta viuda, harto crecida en años, y a quien su huesuda constitución debía haber permitido resistir las mayores amarguras en el curso de su dilatada existencia, no sentía hacia Gregorio ninguna repulsión propiamente dicha. Sin que ello pudiese achacarse a un afán de curiosidad, abrió un día la puerta del cuarto de Gregorio, y, a la vista de éste, que en su sorpresa, y aunque nadie le perseguía, comenzó a correr de un lado para otro, permaneció inmutable, con las manos cruzadas sobre el abdomen.

Desde entonces, nunca se olvidaba de entreabrir, tarde y mañana, furtivamente la puerta, para contemplar a Gregorio. Al principio, incluso le llamaba, con palabras que sin duda, creía cariñosas, como: -¡Ven aquí, pedazo de bicho! ¡Vaya con el pedazo de bicho éste!».

A estas llamadas, Gregorio no sólo no respondía, sino que seguía inmóvil en su sitio, como si ni siquiera se hubiese abierto la puerta. ¡Cuánto más no hubiera valido que se le ordenase a esta sirvienta limpiar diariamente su cuarto, en lugar de aparecer para importunarle a su antojo, sin provecho ninguno!

Una mañana temprano -mientras la lluvia, tal vez heraldo de la primavera próxima, azotaba Curiosamente los cristales- la asistenta comenzó de nuevo sus manejos, y Gregorio irritóse a tal punto que se volvió contra ella, lenta y débilmente, es cierto, pero en disposición de atacar. Mas ella, en vez de asustarse, levantó simplemente en alto una silla que estaba junto a la puerta, y quedóse en esta actitud, con la boca abierta de par en par, demostrando a las claras su propósito de no cerrarla hasta después de haber descargado sobre la espalda de Gregorio la silla que tenía en la mano. -¿Conque no seguimos adelante? -preguntó al ver que Gregorio retrocedía. Y, tranquilamente, volvió a colocar la silla en el rincón.

Gregorio casi no comía. Al pasar junto a los alimentos que tenía dispuestos, tomaba algún bocado a modo de muestra, lo guardaba en la boca durante horas, y casi siempre volvía a escupirlo. Al principio, pensó que su desgano era efecto sin duda de la melancolía en que le sumía el estado de su habitación; pero, precisamente, se habituó muy pronto al

nuevo aspecto de ésta. Habían ido tomando la costumbre de colocar allí las cosas que estorbaban en otra parte, las cuales eran muchas, pues uno de los cuartos de la casa había sido cedido a tres huéspedes. Estos tres señores muy formales -los tres usaban barba, según comprobó Gregorio una vez por la rendija de la puerta- cuidaban de que reinase el orden más escrupuloso, no sólo en su propia habitación, sino en toda y en todo lo de la casa, puesto que en ella vivían, y muy especialmente en la cocina. Trastos inútiles, y mucho menos cosas sucias, no los soportaban.

Además, habían traído consigo la mayor parte de su mobiliario, lo cual hacía innecesarias varias cosas imposibles de vender, pero que tampoco se querían tirar. Y todas estas cosas iban a parar al cuarto de Gregorio, de igual modo que el cenicero y el cajón de la basura. Aquello que de momento no había de ser utilizado, la asistenta, que en esto se daba mucha prisa, lo arrojaba al cuarto de Gregorio, quien, por fortuna, la mayoría de las veces, sólo lograba divisar el objeto en cuestión y la mano que lo esgrimía. Quizá tuviese intención la asistenta de volver en busca de aquellas cosas cuando tuviese tiempo y ocasión, o de tirarlas fuera todas de una vez, pero el hecho es que permanecían allí donde habían sido arrojadas en un principio. A menos que Gregorio se revolviere contra el trasto y lo pusiese en movimiento, impulsado a ello primero porque éste no le dejaba ya sitio libre para arrastrarse y luego con verdadero afán, aunque después de tales paseos quedaba horriblemente triste y 1 fatigado, sin ganas de moverse durante horas enteras.

Los huéspedes, algunos días, cenaban en casa, en el comedor común, con lo cual la puerta que daba a esta habitación permanecía también cerrada algunas noches; mas esto a Gregorio importábale ya muy poco pues, incluso algunas noches en que la puerta estaba abierta, no había aprovechado esta coyuntura, sino que se había retirado, sin que la familia lo advirtiese, al rincón más oscuro de su habitación.

Pero aconteció un día que la sirvienta dejó algo entornada la puerta que daba al comedor, y que ésta permaneció de igual guisa cuando los huéspedes entraron por la noche, y dieron luz. Sentáronse a la mesa, en los sitios antaño ocupados por el padre, la madre y Gregorio, desdoblaron las servilletas, y empuñaron cuchillo y tenedor., Al punto apareció en la puerta la madre con una fuente de carne, seguida de la hermana que traía una fuente con una pila de patatas.

De la comida se elevaba una nube de humo. Los huéspedes inclináronse sobre las fuentes colocadas ante ellos, cual si quisiesen probarlas antes de servirse; y, en efecto, el que se hallaba sentado en medio, y parecía el más autorizado de los tres, cortó un pedazo de carne en la fuente misma, sin duda para comprobar que estaba bastante tierna, y que no era menester devolverla a la cocina. Exteriorizó su satisfacción, y la madre y la hermana, que habían observado suspensas la operación, respiraron y sonrieron.

Entretanto, la familia -comía en la cocina. A pesar de lo cual el padre, antes de dirigirse hacia ésta, entraba en el comedor, hacía una reverencia general y, gorra en mano, daba la vuelta a la mesa. Los huéspedes se ponían en pie, y murmuraban algo para sus adentros. Después, ya solos, comían casi en silencio.

A Gregorio resultábale extraño percibir siempre entre los diversos ruidos de la comida, el que los dientes hacían al masticar, cual si quisiesen demostrar a Gregorio que, para comer, se necesitan dientes, y que la más hermosa mandíbula, virgen de dientes, de nada puede servir. «Pues sí que tengo apetito -decíase Gregorio preocupado-. Pero no son éstas las cosas que me apetecen ¡Cómo comen estos huéspedes! ¡Y yo, mientras, muriéndome!»

Aquella misma noche -Gregorio no recordaba haber oído el violín en todo aquel tiempo- sintió tocar en la cocina. Ya habían acabado los huéspedes de cenar. El que estaba en medio había sacado un periódico y dado una hoja a cada uno de los otros dos, y los tres leían y fumaban recostados hacia atrás. Al sentir el violín, quedó fija su atención en la música; se levantaron y, de puntillas, fueron hasta la puerta del recibimiento, junto a la cual permanecieron inmóviles apretados uno contra otro. Sin duda se les oyó desde la cocina, pues el padre preguntó:

-¿Tal vez a los señores les desagrada la música?

Y añadió:

-En ese caso, puede cesar al momento.

-Al contrario -aseguró el señor de más autoridad-. ¿No querría entrar la señorita y tocar aquí? Sería mucho más cómodo y agradable.

-¡Claro, no faltaba más! -respondió el padre, cual si fuese él mismo el violinista.

Los huéspedes tornaron al interior del comedor, y esperaron. Muy pronto llegó el padre con el atril, luego la madre con los papeles de música, y por fin la hermana con el violín. La hermana lo dispuso todo tranquilamente para comenzar a tocar. Mientras los padres, que nunca habían tenido habitaciones alquiladas, y que por lo mismo extremaban la cortesía para con los huéspedes, no se atrevían a sentarse en sus propias butacas. El padre quedó apoyado en la puerta, con la mano derecha metida entre los botones de la librea cerrada; pero a la madre uno de los huéspedes le ofreció una butaca, y se sentó en un rincón apartado, pues no movió el asiento del punto en que aquel señor lo había casualmente colocado.

Comenzó a tocar la hermana, y el padre y la madre, cada uno desde su sitio, seguían todos los movimientos de sus manos. Gregorio, atraído por la música, atrevióse a avanzar

un poco, y encontróse con la cabeza en el comedor. Casi no le sorprendía la escasa consideración que guardaba a los demás en los últimos tiempos, y, sin embargo, antes esa consideración había sido precisamente su mayor orgullo. Empero, ahora más que nunca, tenía él motivo para ocultarse, pues, debido al estado de suciedad de su habitación, cualquier movimiento que hacía levantaba olas de polvo en torno suyo, y él mismo estaba cubierto de polvo y arrastraba consigo, en la espalda y en los costados, hilachos, pelos y restos de comida. Su indiferencia hacia todos era harto mayor que cuando, cual antaño varias veces al día, podía, echado sobre la espalda, restregarse contra la alfombra. Y, sin embargo, a pesar del estado en que se hallaba, no sentía el menor rubor en avanzar por el suelo immaculado del comedor.

Verdad es que nadie se cuidaba de él. La familia hallábase completamente absorta por el violín y los huéspedes, que a lo primero habíanse colocado con las manos en los bolsillos del pantalón, junto al atril, demasiado cerca de éste, con lo cual todos podían ir leyendo las notas y molestaban seguramente a la hermana, no tardaron en retirarse hacia la ventana, en donde permanecían cuchicheando, con las testas inclinadas, y observados por el padre a quien esta actitud visiblemente preocupaba. Y es que aquello parecía decir bastante a las claras que su ilusión de oír música, selecta o divertida, había sido defraudada, que ya empezaban a cansarse y que sólo por cortesía consentían que siguiesen molestándoles y turbando su santa tranquilidad. Especialmente el modo que todos tenían de echar por la boca o la nariz el humo de sus cigarros delataba gran nerviosidad.

Y, empero, ¡qué bien tocaba la hermana! Con el rostro ladeado seguía atenta y tristemente leyendo en el pentagrama. Gregorio se arrastró otro poco hacia adelante, y mantuvo la cabeza pegada al suelo haciendo por encontrar con su mirada la mirada de la hermana.

¿Si sería una fiera, que la música tanto le impresionaba?

Le parecía como si se abriese ante él el camino que había de conducirle hasta un alimento desconocido ardientemente anhelado. Sí, estaba decidido a llegar hasta la hermana, tirarle de la falda, y hacerle comprender de este modo que había de venir a su cuarto con el violín, porque nadie premiaba aquí su música cual él quería hacerlo. En adelante, ya no la dejaría salir de aquel cuarto, al menos en tanto él viviese. Por primera vez había de servirle de algo aquella su espantosa forma.

Quería poder estar a un tiempo en todas las puertas, pronto a saltar sobre todos los que pretendiesen atacarle. Pero era preciso que la hermana permaneciese junto a él, no a la fuerza, sino voluntariamente; era preciso que se sentase junto a él en el sofá, que se inclinase hacia él, y entonces le confiaría al oído que había tenido la firme intención de enviarla al Conservatorio, y que, de no haber sobrevenido la desgracia, durante las pasadas Navidades -pues las Navidades ya habían pasado, ¿no?-, así se lo hubiera declarado a todos,

sin cuidarse de ninguna objeción en contra. Y, al oír esta explicación, la hermana conmovida rompería a llorar, y Gregorio se alzaría hasta sus hombros y la besaría en el cuello que, desde que iba a la tienda, llevaba desnudo sin cinta ni cuello.

-Señor Samsa -dijo de pronto al padre el señor que parecía ser el más autorizado. Y, sin desperdiciar ninguna palabra más, mostró al padre, extendiendo el índice en aquella dirección, a Gregorio que iba lentamente avanzando. El violín enmudeció al punto, y el señor que parecía ser el más autorizado sonrió a sus amigos, sacudiendo la cabeza, y tornó a mirar a Gregorio.

Al padre le pareció más urgente, en lugar de arrojar de allí a Gregorio, tranquilizar a sus huéspedes, los cuales no se mostraban ni mucho menos intranquilos, y parecían divertirse más con la aparición de Gregorio que con el violín. Precipitose. hacia ellos, y, extendiendo los brazos, quiso empujarlos hacia su habitación, a la vez que les ocultaba con su cuerpo la vista de Gregorio. Ellos, entonces, no disimularon su enojo, aunque no era posible saber si éste obedecía a la actitud del padre, o al enterarse en aquel momento de que habían convivido, sin sospecharlo, con un ser de aquella índole.

Pidieron explicaciones al padre, alzaron a su vez los brazos al cielo, se estiraron la barba con gesto inquieto, y no retrocedieron sino muy lentamente hasta su habitación.

Mientras, la hermana había logrado sobreponerse a la impresión que hubo de causarle en un principio el verse bruscamente interrumpida. Quedóse un punto con los brazos caídos, sujetando con indolencia el arco y el violín, y la mirada fija en el papel de música, cual si todavía tocara. Y de pronto estalló: plantel el instrumento en los brazos a la madre, que seguía sentada en su butaca, medio ahogada por el dificultoso trabajo de sus pulmones, y se precipitó al cuarto contiguo, al que los huéspedes, empujados por el padre, iban acercando ya más rápidamente. Con gran destreza, apartó e hizo volar por lo alto mantas y almohadas; y, aun antes de que los señores penetrasen en su habitación, ya había terminado de arreglarles las camas, y se había escabullido.

El padre hallábase a tal punto dominado por su obstinación, que se olvidaba hasta del más elemental respeto debido a los huéspedes, y los seguía empujando frenéticamente. Hasta que, ya en el umbral, el que parecía ser el más autorizado de los tres dio una patada en el suelo, y con voz tonante le detuvo con las siguientes palabras:

-Participo a ustedes -y alzaba la mano al decir esto, y buscaba con la mirada también a la madre y la hermana-, participo a ustedes que, en vista de las repugnantes circunstancias que en esta casa y familia concurren -y al llegar aquí escupió con fuerza en el suelo-, en este mismo momento me despido. Claro está que no he de pagar lo más mínimo por los días que aquí he vivido, antes al contrario, meditaré si he de exigir de usted alguna indemnización, la cual, no lo dude, sería muy fácil de justificar.

Calló, y miró en torno suyo como esperando algo. Y efectivamente, sus dos amigos corroboraron al punto lo dicho, añadiendo por su cuenta:

-También nosotros nos despedimos al instante.

Tras lo cual, el que parecía ser el más autorizado de los tres agarró el picaporte y cerró la puerta de un golpe. El padre, con paso vacilante, tanteando con las manos, dirigióse hacia su butaca, y se dejó caer en ella. Parecía disponerse a echar su acostumbrado sueñecillo de todas las noches, pero la profunda inclinación de su cabeza, caída como sin peso, demostraba que no dormía.

Durante todo este tiempo, Gregorio había permanecido callado, inmóvil en el mismo sitio en que lo habían sorprendido los huéspedes. El desencanto causado por el fracaso de su plan, y tal vez también la debilidad producida por el hambre, hacíanle imposible el menor movimiento. No sin razón, temía ver cernirse dentro de muy poco sobre sí una tormenta general, y esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín, escurrido del regazo de la madre bajo el impulso del temblor de sus dedos.

-Queridos padres -dijo la hermana, dando a modo de introducción un fuerte puñetazo sobre la mesa-, esto no puede continuar así. Si vosotros no lo comprendéis, yo me doy cuenta de ello. Ante este monstruo, no quiero ni siquiera pronunciar el nombre de mi hermano; y, por lo tanto, sólo diré esto: es forzoso intentar librarnos de él. Hemos hecho cuanto era humanamente posible para cuidarle y tolerarle, y no creo que nadie pueda, por lo tanto, hacernos el más leve reproche.

-Tienes mil veces razón -dijo entonces el padre.

La madre, que aún no podía respirar a sus anchas, comenzó a toser sordamente, con la mano en el pecho, y los ojos extraviados como una loca.

La hermana corrió hacia ella y le sostuvo la frente.

Al padre, las palabras de la hermana parecieron inducirle a concretar algo más su pensamiento. Se había incorporado en la butaca, jugaba con su gorra de ordenanza por entre los platos, que aún quedaban sobre la mesa de la comida de los huéspedes y, de cuando en cuando, dirigía una mirada a Gregorio impertérrito.

-Es preciso que intentemos deshacernos de él -repitió por último la hermana al padre; pues la madre, con su tos, no podía oír nada-. Esto acabará matándonos a los dos, lo estoy viendo. Cuando hay que trabajar lo que nosotros trabajamos, no es posible sufrir además, en casa, estos tormentos. Yo tampoco puedo más.

Y rompió a llorar con tal fuerza, que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre, quien se las limpió mecánicamente con la mano.

-Hija mía -dijo entonces el padre con compasión y sorprendente lucidez-. ¡Y qué le vamos a hacer!

Pero la hermana contentóse con encogerse de hombros como para demostrar la perplejidad que se había apoderado de ella mientras lloraba, y que tan gran contraste hacía con su anterior decisión.

-Si siquiera él nos comprendiese -dijo el padre en tono medio interrogativo.

Pero la hermana, sin cesar de llorar, agitó enérgicamente la mano, indicando con ello que no había ni qué pensar en semejante cosa.

-Si siquiera nos comprendiese -insistió el padre cerrando los ojos como para dar a entender que él también se hallaba convencido de lo imposible de esta suposición-, tal vez pudiésemos entonces llegar a un acuerdo con él. Pero, en estas condiciones...

-Es preciso que se vaya -dijo la hermana-. éste es el único medio, padre. Basta con que procures desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo es en realidad el origen de nuestra desgracia. ¿Cómo puede ser esto, Gregorio? Si tal fuese, ya hace tiempo que hubiera comprendido que no es posible que unos seres humanos vivan en comunidad con semejante bicho. Y, a él mismo, se le habría ocurrido marcharse. Habríamos perdido al hermano, pero podríamos seguir viviendo, y su memoria perduraría eternamente entre nosotros. Mientras que así, este animal nos persigue, echa a los huéspedes, y muestra claramente que quiere apoderarse de toda la casa y dejarnos en la calle. ¡Mira, padre -púsose a gritar de repente-, ya empieza otra vez!

Y, con un terror que a Gregorio parecióle incomprensible, la hermana abandonó incluso a la madre, apartóse de la butaca, cual si prefiriese sacrificar a la madre que permanecer en las proximidades de Gregorio, y corrió a refugiarse detrás del padre, el cual, excitado a su vez por esta actitud suya, púsose también en pie, extendiendo los brazos ante la hermana en ademán de protegerla.

Pero la cosa es que a Gregorio no se le había ocurrido en absoluto querer asustar a nadie, ni mucho menos a su hermana. Lo único que había hecho era empezar a dar la vuelta, para volver a su habitación, y esto fue sin duda lo que sobrecogió a los demás, pues, a causa de su estado doliente, tenía para realizar aquel difícil movimiento, que ayudarse con la cabeza, levantándola y volviendo a apoyarla en el suelo varias veces. Se detuvo y miró en torno suyo. Parecía haber sido adivinada su buena intención: aquello sólo había sido un susto momentáneo.

Ahora todos le contemplaban tristes y pensativos. La madre estaba en su butaca, con las piernas extendidas ante sí, muy juntas una contra otra, y los ojos casi cerrándosele de cansancio. El padre y la hermana hallábanse sentados uno al lado de otro, y la hermana rodeaba con su brazo el cuello del padre.

«Bueno, tal vez pueda ya moverme», pensó Gregorio, comenzando de nuevo su penoso esfuerzo. No podía contener sus resoplidos y, de vez en cuando, tenía que pararse a descansar. Mas nadie le apresuraba; se le dejaba en entera libertad. Cuando hubo dado la vuelta, inició en seguida la marcha atrás en línea recta. Le asombró la gran distancia que le separaba de su habitación; no acertaba a comprender cómo en su actual estado de debilidad había podido, momentos antes, hacer ese mismo camino casi sin notarlo. Con la única preocupación de arrastrarse lo más rápidamente posible, apenas si reparó en que ningún miembro de la familia le azuzaba con palabras o gritos.

Al llegar al umbral, volvió empero la cabeza aunque sólo a medias, pues sentía cierta rigidez en el cuello, y pudo ver que nada había cambiado a su espalda. Únicamente su hermana se había puesto en pie.

Y su última mirada fue para la madre, que por fin se había quedado dormida.

Apenas dentro de su habitación sintió cerrarse rápidamente la puerta, y echar el pestillo y la llave. El brusco ruido que esto produjo le asustó de tal modo que las patas se le doblaron. La hermana era quien tanta prisa tenía. Había permanecido en pie, como acechando el momento de poder precipitarse a encerrarlo. Gregorio no la había sentido acercarse.

-¡Por fin! -exclamó ella dirigiéndose a los padres, al mismo tiempo que daba vuelta a la llave en la cerradura.

«¿Y ahora», preguntó Gregorio mirando en torno suyo en la oscuridad.

Muy pronto hubo de convencerse de que le era en absoluto imposible moverse. Esto no le asombró: antes al contrario, no le parecía natural haber podido avanzar cual lo hacía hasta entonces, con aquellas patitas delgadas. Por lo demás sentíase relativamente a gusto. Cierto es que todo el cuerpo le dolía; pero le parecía como si estos dolores se fuesen debilitando más y más, y pensaba que por último acabarían. Apenas si notaba ya la manzana podrida que tenía en la espalda, y la inflamación revestida de blanco por el polvo. Pensaba con emoción y cariño en los suyos. Hallábase, a ser posible, aún más firmemente convencido que su hermana de que tenía que desaparecer.

Y en tal estado de apacible meditación e insensibilidad, permaneció hasta que el reloj de la iglesia dio las tres de la madrugada. Todavía pudo vivir aquel comienzo del alba que

despuntaba detrás de los cristales. Luego, a pesar suyo, su cabeza hundióse por completo, y su hocico despidió débilmente su postrer aliento.

A la mañana siguiente, cuando entró la asistenta -daba tales portazos que, en cuanto llegaba, ya era imposible descansar en la cama, a pesar de las infinitas veces que se le había rogado otras maneras- para hacer a Gregorio la breve visita de costumbre, no halló en él, al principio, nada de particular. Supuso que permanecía así inmóvil con toda intención, para hacerse el enfadado, pues le consideraba capaz del más completo discernimiento. Casualmente, llevaba en la mano el deshollinador, y quiso con él hacerle cosquillas a Gregorio desde la puerta.

Al ver que tampoco con esto lograba nada, irritóse a su vez, empezó a pincharle, y tan sólo después que le hubo empujado sin encontrar ninguna resistencia se fijó en él y, percatándose al punto de lo sucedido, abrió desmesuradamente los ojos y dejó escapar un silbido de sorpresa. Mas no se detuvo mucho tiempo, sino que, abriendo bruscamente la puerta de la alcoba, lanzó a voz en grito en la oscuridad:

-¡Miren ustedes, ha reventado! ¡Ahí lo tienen, lo que se dice reventado!

El señor y la señora Samsa incorporáronse en el lecho matrimonial. Les costó gran trabajo sobreponerse al susto, y tardaron bastante en comprender lo que de tal guisa les anunciaba la asistenta. Mas una vez comprendido esto, bajaron al punto de la cama, cada uno por su lado, y con la mayor rapidez posible. El señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros; la señora Samsa iba sólo cubierta con su camión de dormir, y en este aparato penetraron en la habitación de Gregorio.

Mientras, habíase abierto también la puerta del comedor, en donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes. Grete estaba del todo vestida, cual si no hubiese dormido en toda la noche, cosa que parecía confirmar la palidez de su rostro.

-¿Muerto? -dijo la señora Samsa, mirando interrogativamente a la asistenta, no obstante poderlo comprobar todo por sí misma, e incluso averiguarlo sin necesidad de comprobación ninguna.

-Eso es lo que digo -contestó la asistenta, empujando todavía un buen trecho con el escobón el cadáver de Gregorio, cual para probar la veracidad de sus palabras.

La señora Samsa hizo un movimiento como para detenerla, pero no la detuvo.

-Bueno -dijo el señor Samsa-, ahora podemos dar gracias a Dios.

Se santiguó, y las tres mujeres le imitaron.

Grete no apartaba la vista del cadáver.

-Mirad qué delgado estaba -dijo-. Verdad es que hacía ya tiempo que no probaba bocado. Así como entraban las comidas, así se las volvían a llevar.

El cuerpo de Gregorio aparecía efectivamente completamente plano y seco. De esto, sólo se enteraban ahora, porque ya no lo sostenían sus patitas, y nadie apartaba de él la mirada.

-Grete, vente un ratito con nosotros -dijo la señora Samsa sonriendo melancólicamente.

Y Grete, sin dejar de mirar hacia el cadáver, siguió a sus padres a la alcoba.

La asistenta cerró la puerta, y abrió la ventana de par en par. Era todavía muy temprano, pero el aire tenía ya, en su frescor, cierta tibieza. Se estaba justo a fines de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su habitación y buscaron con la vista su desayuno. Los habían olvidado.

-¿Y el desayuno? -preguntó a la asistenta con mal humor el señor, que parecía ser el más autorizado de los tres.

Pero la asistenta, poniéndose el índice ante la boca, invitó silenciosamente a los señores, con señas enérgicas, a entrar en la habitación de Gregorio.

Entraron, pues, y allí estuvieron en el cuarto inundado de claridad, en torno al cadáver de Gregorio, con expresión desdeñosa y las manos hundidas en los bolsillos de sus algo raídos chaqués.

Entonces, se abrió la puerta de la alcoba, y apareció el señor Samsa, enfundado en su librea, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. Todos tenían trazas de haber llorado algo, y Grete ocultaba de vez en cuando el rostro contra el brazo del padre.

-Abandonen ustedes inmediatamente mi casa -dijo el señor Samsa, señalando la puerta, pero sin soltar a las mujeres.

-¿Que pretende usted dar a entender con esto? -preguntó el más autorizado de los señores, algo desconcertado, y sonriendo con timidez.

Los otros dos tenían las manos cruzadas a la espalda, y se las frotaban sin cesar una contra otra, cual si esperasen gozosos una pelea, cuyo resultado había de serles favorable.

-Pretendo dar a entender exactamente lo que digo -contestó el señor Samsa, avanzando con sus dos acompañantes en una sola línea hacia el huésped.

éste permaneció un punto callado y tranquilo, con la mirada fija en el suelo, cual si sus pensamientos se fuesen organizando en una nueva disposición dentro de su magín.

-En ese caso, nos vamos -dijo por fin, mirando al señor Samsa, como si una fuerza repentina le impulsase a pedirle autorización incluso para esto.

El señor Samsa contentóse con abrir mucho los ojos e inclinar repetidas veces breve y afirmativamente la cabeza.

Tras de esto, el huésped encaminóse con grandes pasos al recibimiento. Hacía ya un ratito que sus dos compañeros escuchaban sin frotarse las manos, y ahora salieron pisándole los talones y dando brincos, como si temiesen que el señor Samsa llegase antes que ellos al recibimiento, y se interpusiese entre ellos y su guía.

Una vez en el recibimiento, los tres cogieron sus respectivos sombreros del perchero, sacaron sus respectivos bastones del paragüero, se inclinaron en silencio, y abandonaron la casa.

Con una desconfianza que nada justificaba, cual hubo de demostrar luego, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al rellano y, de bruces sobre la barandilla, miraron cómo aquellos tres señores lenta, pero ininterrumpidamente, descendían la larga escalera, desapareciendo al llegar a la vuelta que daba ésta en cada piso, y reapareciendo unos segundos después.

A medida que iban bajando, decrecía el interés que hacia ellos sentía la familia Samsa, y, al cruzarse con ellos primero, y seguir subiendo después, el repartidor de una carnicería, que sostenía orgullosamente su cesto en la cabeza, el señor Samsa y las mujeres abandonaron la barandilla y, aliviados de un verdadero peso, entráronse de nuevo en la casa.

Decidieron dedicar aquel día al descanso y a pasear: no sólo tenían bien ganada esta tregua en su trabajo, sino que les era hasta indispensable. Sentáronse, pues, a la mesa, y escribieron tres cartas disculpándose: el señor Samsa a su jefe, la señora Samsa al dueño de la tienda, y Grete a su principal.

Cuando estaban ocupados en estos menesteres, entró la asistenta a decir que se iba, pues ya había terminado su trabajo de la mañana. Los tres siguieron escribiendo sin prestarle atención, contentándose con hacer un signo afirmativo con la cabeza. Pero al ver que ella no acababa de marcharse, alzaron los ojos con enfado.

-¿Qué pasa? -preguntó el señor Samsa.

La asistenta permanecía sonriente en el umbral, cual si tuviese que comunicar a la familia una felicísima nueva, pero indicando con su actitud que sólo lo haría después de haber sido convenientemente interrogada. La plumita plantada derecha en su sombrero, y que ya molestaba al señor Samsa desde el momento en que había entrado aquella mujer a su servicio, bamboleábase en todas las direcciones.

-¿Bueno, vamos a ver, qué desea usted? -preguntó la señora Samsa, que era la persona a quien más respetaba la asistenta.

-Pues -contestó ésta, y la risa no le dejaba seguir-, que no tienen ustedes ya que preocuparse respecto a cómo van a quitarse de en medio el trasto ese de ahí al lado. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Grete inclináronse otra vez sobre sus cartas, como para seguir escribiendo; y el señor Samsa, advirtiéndolo que la sirvienta se disponía a contarle todo minuciosamente, la detuvo, extendiendo con energía la mano hacia ella.

La asistenta, al ver que no le permitían contar lo que tenía preparado, recordó que tenía mucha prisa.

-¡Queden con Dios! -dijo, visiblemente ofendida.

Dio media vuelta con gran irritación, y abandonó la casa dando un portazo terrible.

-Esta noche la despido -dijo el señor Samsa.

Pero no recibió respuesta, ni de su mujer ni de su hija, pues la asistenta parecía haber vuelto a turbar aquella tranquilidad que acababan apenas de recobrar.

La madre y la hija se levantaron y se dirigieron hacia la ventana, ante la cual permanecieron abrazadas. El señor Samsa hizo girar su butaca en aquella dirección, y estuvo observándolas un momento tranquilamente. Luego:

-Bueno -dijo-, venid ya. Olvidad ya de una vez las cosas pasadas. Tened también un poco de consideración conmigo.

Las dos mujeres le obedecieron al punto, corrieron hacia él, le acariciaron, y terminaron de escribir.

Luego salieron los tres juntos, cosa que no había concurrido desde hacía meses, y tomaron el tranvía para ir a respirar el aire libre de las afueras. El tranvía, en el cual eran los únicos viajeros, hallábase inundado de la luz cálida del sol. Cómodamente recostados en sus asientos, fueron cambiando impresiones acerca del porvenir, y vieron que, bien pensadas las cosas, éste no se presentaba con tonos oscuros, pues sus tres colocaciones -sobre las cuales no se habían todavía interrogado claramente unos a otros- eran muy buenas y, sobre todo, permitían abrigar para más adelante grandes esperanzas.

Lo que de momento más habría de mejorar la situación, sería mudar de casa. Deseaban una casa más pequeña y más barata, y, sobre todo, mejor situada y más práctica que la actual, que había sido escogida por Gregorio.

Y, mientras así departían, percatáronse casi simultáneamente, el señor y la señora Samsa, de que su hija, que pese a todos los cuidados perdiera el color en los últimos tiempos, habíase desarrollado y convertido en una linda muchacha llena de vida. Sin cruzar ya palabra, entendiéndose casi instintivamente con las miradas, dijéronse uno a otro que ya era hora de encontrarle un buen marido.

Y cuando, al llegar al término del viaje, la hija se levantó la primera, y estiró sus formas juveniles, pareció cual si confirmase con ello los nuevos sueños y sanas intenciones de los padres.

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

